



COLECCIÓN **MIRADAS** A LA HISTORIA

Presencia de catalanes en México Cinco siglos

José M. Murià

Academia Mexicana de la Historia | El Colegio de Jalisco

Presencia de catalanes en México

Cinco siglos

José M. Murià

COLECCIÓN **MIRADAS** A LA HISTORIA

Directora de la Colección: Elisa Speckman Guerra

Diseño, formación y portada: Ónix Acevedo Frómata

Revisión de textos: Carlos Mapes

Impresión: Estampa Artes Gráficas

Primera edición: 2021

Edición en PDF: 2025

D.R. José M. Murià

D.R. Academia Mexicana de la Historia

D.R. El Colegio de Jalisco

D.R. Estampa Artes Gráficas S.A. de C.V.

ISBN: 978-607-8740-24-6

Imagen de portada: La Unió Catalanista de México, en 1953. (CC BY-SA 4.0)

MESA DIRECTIVA DE LA ACADEMIA MEXICANA DE LA HISTORIA

Javier Garcíadiego Dantan (Director), Gisela von Wobeser (Censora),
Rodrigo Martínez Baracs (Secretario) y Elisa Speckman Guerra (Tesorera)

COMITÉ EDITORIAL DE LA ACADEMIA MEXICANA DE LA HISTORIA

Virginia García Acosta (Presidenta), Araceli Almaraz Alvarado, Felipe Castro,
Carlos Illades, Cynthia Radding, Antonio Rubial García,
José Antonio Serrano Ortega, Elisa Speckman Guerra y Gisela von Wobeser

MESA DIRECTIVA DE EL COLEGIO DE JALISCO

Roberto Arias de la Mora (Presidente)
Ixchel Nacdul Ruiz Anguiano (Secretaria general)

ASAMBLEA DE ASOCIADOS DE EL COLEGIO DE JALISCO

Gobierno de Jalisco, Universidad de Guadalajara, El Colegio de México,
El Colegio de Michoacán, H. Ayuntamiento de Guadalajara,
H. Ayuntamiento de Zapopan, Instituto Nacional de Antropología e Historia,
CONACYT, Subsecretaría de Educación Superior e Investigación Científica,
El Colegio Mexiquense

Todos los derechos reservados. Esta obra no puede ser reeditada, reproducida en forma electrónica o impresa, fotocopiada o utilizada con fines de lucro sin autorización por escrito de los editores y/o del autor.

Impreso y hecho en México

Índice

Introducción.....	7
Prehistoria de la presencia catalana.....	17
¿Conquistadores?.....	18
Intelectual.....	20
Evangelizadores.....	21
Nueva oleada diversa.....	22
Los campechanos.....	24
Joan Aragó.....	27
Comerciantes y artistas del siglo XIX.....	29
Obreros, empleados y más artistas.....	33
El exilio republicano.....	39
Antropólogos e historiadores.....	47
Artistas.....	51
Teatro y cine.....	54
Magisterio.....	57
Epílogo.....	62
Apéndice I. Pau Casals y México: remembranza de una gratitud.....	65
Apéndice II. El Butlletí catalán de Guadalajara, quince años de catalanismo gráfico.....	80
Bibliografía básica.....	92

Introducción

BIEN PODEMOS DECIR QUE LA PRESENCIA CATALANA en toda América a lo largo del tiempo se ha estudiado muy poco. Todavía estamos lejos de tener aunque sea un boceto superficial mínimamente articulado, lo que confirma el pobre interés que en general ha existido en Cataluña, más antes que ahora, por lo que respecta a lo que suele llamarse el “Nuevo Continente”.

Pero hay una retribución: los pueblos de América, mucho más los de filiación sajona que los de raíces latinas, tienen poca conciencia de las huellas que han dejado catalanes de muy diversas condiciones y también de lo que es Cataluña y de su importancia –poca o mucha– en el concierto general.

Vale decir, sin embargo, que en las últimas décadas ha ido disminuyendo de una manera muy considerable esta ignorancia, y ahora ya se encuentra poca gente –de cierto nivel cultural, se entiende– que no sepa dónde se encuentra este país; que sus nacionales son catalanes y no *cataluños* (como se oía a veces); que la capital es Barcelona y que se habla allí un idioma milenario parecido

al francés y al español por las raíces compartidas con estos idiomas, pero que no es un dialecto de ninguno de los dos e incluso los supera en antigüedad.

Dejo aparte el hecho de que los Juegos Olímpicos de Barcelona de 1992, entre otras cosas, sirvieron para difundir por doquier la existencia de la bandera catalana. Recuerdo que, de primera intención, hubo quien pensó que era una bandera española doble, para mostrar quizá que “se era más español que los otros”, pero durante aquella quincena, sobre todo gracias a las quejas de los españoles “por los excesos de los catalanes”, más gente que nunca se percató de que las cuatro barras no querían afirmar un españolismo multiplicado, sino más bien lo contrario.

Aun así, lo que debe reconocerse, con cierta tristeza, es que el progreso desarrollado de 1992 para acá no corresponde a una preocupación especial de los catalanes por incrementar las relaciones con los países americanos, excepto por Estados Unidos, sino más bien al desarrollo de las comunicaciones y a la contracción del mundo.

Sea como fuere, ahora transcurre un buen momento para promover un poco el estudio de los catalanes por América y, como consecuencia, difundir lo que hicieron bien, y mal, en muchas partes de este hemisferio. Pero lo que tenemos es prácticamente nada, a lo sumo unas cuantas páginas de Marc Aureli Vila tituladas *Intervenció catalana a Amèrica* muy sugerentes, pero muy pocas; algunos estudios de lo que consiguieron hace

poco más de doscientos años los catalanes en California; un *Diccionari dels catalans d'Amèrica* y otro particular y enriquecido de ... *los catalanes de México*; la treintena de libritos diversos que hicimos en El Colegio de Jalisco siguiendo el programa que se llamaba precisamente Estudios de los Catalanes de México, y muy pocas cosas más, esporádicas y muy concretas.

Duele agregar también que este programa, que fue copatrocinado a medias por la Generalitat de Catalunya y El Colegio de Jalisco, fue cancelado de repente y unilateralmente en 2005, aunque incluso se violaba así un convenio firmado. El caso es que un prepotente y limitado muchacho de apellido Royo –con un cargo bastante importante que le quedaba grande– no llegó nunca a entender su significado y su importancia. Su preferencia era para Estados Unidos.

Por lo que respecta a México, el conocimiento de Cataluña ha mejorado mucho gracias también a un par de sucesos singulares y diversos: la Feria Internacional del Libro de Guadalajara del año 2004, en la cual la cultura catalana fue la invitada de honor, y la incorporación a las filas del Barça de Rafa Márquez, un joven que surgió de un equipo cuya sede se encuentra en la población de Zapopan, inmediata a Guadalajara.

Como también pasa en otros países, en este momento el Futbol Club Barcelona es conocido y reconocido en todo México, y a menudo se puede encontrar a quien luzca por la calle una camiseta *blaugrana*. Verlo en las urbes puede que no tenga nada de extraordinario,

pero impresiona cuando te lo encuentras en lugares que podrían etiquetarse como insólitos, por marginados. Yo mismo vi una a comienzos de 2006 en Casas Grandes, la antigua sede principal de la cultura indígena *paquimé*, muy cerca de la frontera con Estados Unidos y bastante lejos de la mano de Dios; otra poco después en San Juan Chamula, donde casi no se habla español, a un centenar de kilómetros de los límites con Guatemala, o el 21 de marzo de 2007 en el emblemático pueblito de Guelatao, muy escondido en las escarpadas montañas de Oaxaca, y que vio nacer en 1806 al político mexicano más trascendente de todos los tiempos: Benito Juárez. Guelatao es una suerte de altar de nuestra patria.

Tengo que decir, entre otras cosas, que también en parte gracias a Márquez ahora es normal encontrarse la “c con cedilla” en los diarios, cosa que antes era impensable. De hecho, precisamente esta letra, en tiempos del linotipo, representaba la dificultad mayor para imprimir textos en catalán en aquella época en que se hacían más en México que en Cataluña. Se tiene que reconocer que, a puntapiés, a los mexicanos se nos ha facilitado la ortografía catalana.

También debe suponerse que ahora es impensable que alguien se refiera al presidente de la Generalitat de Catalunya como “generalísimo”, tal como oí que lo hacía un alcalde de Zapopan hace poco más de veinte años y en otras ocasiones.

Del impacto de la que se conoce coloquialmente como “la Feria Catalana”, yo no podría hablar con

objetividad. Pero no me privaré de decir al menos un par de cositas.

Primera, que el libro que más se vendió durante esos nueve días de noviembre y diciembre de 2004, cuando tuvo lugar la XIV Feria Internacional del Libro de Guadalajara, a diferencia de las frivolidades que acostumbran ocupar ese lugar, aquel año fue el diccionario bilingüe... Miles de personas tuvieron el interés de llevarse a casa la manera de entender, al menos un poco, lo que se dice y se escribe en catalán. Como esta preferencia fue una sorpresa para todos, no se vendieron muchos más sencillamente porque no hubo manera de resurtir a tiempo.

Segunda, a partir de 2005, justamente el 23 de abril, día de Sant Jordi, cada año se hacen en Guadalajara más actividades especialmente relacionadas con libros. Una de ellas consiste en que muchas personas se van turnando para leer en público una obra entera durante siete u ocho horas. En 2007, como se debía esperar, le tocó a *Cien años de soledad*, con motivo del cincuentenario de su aparición, y el acto se hizo justo enfrente de una estatua de Sant Jordi hecha por Josep Llimona que le había regalado a Guadalajara el gobierno de Barcelona precisamente tres años antes, y que está instalada al inicio de una calle de una sola cuadra, pero muy simbólica para los estudiantes de ahora y sobre todo para los de antes. Esta calle desde 2004 ostenta oficialmente el nombre de Rambla de Catalunya, el cual ha sido muy bien recibido por la gente.

Lo que a mí me sucede cada vez que paso por ahí, además de pensar con mucho placer en su significado, es que recuerdo todo lo que hizo el gobierno español de entonces para evitar que la dedicación de la feria a Cataluña fuese una realidad.

Se tiene que decir que esta Feria de Guadalajara se considera la más importante de todo el mundo de habla románica, y, a diferencia de la feria alemana de Frankfurt, que es la única más grande que hay, en Guadalajara hoy por hoy se llevan a cabo muchas y muy diversas actividades culturales (conferencias, exposiciones, presentaciones artísticas, etcétera) que hacen que la presencia de los invitados de honor sea mucho más remarcable. La verdad es que en los mencionados días de 2004 disfrutamos de un verdadero alud de catalanismo. Se supone que hubo más de medio millar de artistas e intelectuales de esta nacionalidad.

No todo se esfumó con el tiempo, a pesar de la poca insistencia oficial catalana con tal de reafirmar la comunicación. Muchas de las relaciones humanas establecidas durante aquella memorable semana se han mantenido e, incluso, incrementado.

Ahora bien, lo poco que se recuerda, siguiendo con los dos temas iniciales, es que la presencia futbolística del Barça también había sido bastante importante antaño, gracias a la incorporación a equipos mexicanos de unos jugadores *culés* que se quedaron en México cuando el equipo blaugrana hizo su primera visita en 1937. El más notable fue Martí Vantolrà i Fort, recordado

como El Maestro y uno de los mejores extremos derechos que hemos tenido.

Vantolrà prefirió jugar en el Atlante, conocido como “el equipo del pueblo” por su vocación popular, porque además usaba los mismos colores que el Barça. Por añadidura, El Maestro se hizo ciudadano mexicano tan pronto como pudo y, complementariamente, se convirtió en pariente del general Lázaro Cárdenas cuando se casó con una sobrina suya.

En cuanto a la Feria del Libro, he de recordar que treinta y cinco años antes se celebró en Guadalajara la Gaia Festa de premiación de los Jocs Florals de la Llengua Catalana del año 1969. Sin duda era el acontecimiento literario catalán más importante de aquella época tan dura para quienes cultivaban tales letras. Con todas las precauciones, se tiene que decir que esa actividad tuvo mucho éxito, con la presencia de lo más destacado de la vida política e intelectual de la ciudad y con una enorme presencia de público.

En México –en la capital–, Jocs Florals ya se habían celebrado dos, en 1942 y en 1957, y todavía habría otros más, en 1973. En ningún otro país americano se hicieron tantos. Lo remarco porque quiero insistir también en el hecho de que tampoco en ningún otro país del mismo continente fueron a parar tantos exiliados de Cataluña –cosa que ahora parece que se quiere pasar por alto–, ni en ningún otro lugar se encontraron mejores condiciones para desarrollarse y manifestarse. Se debe decir que

en México los catalanes pudieron hacer prácticamente lo que quisieron.

Que quede claro que, para realizar actividades catalanistas en tiempos más remotos o para que en 2004 fuese la cultura catalana la invitada de honor en la Feria del Libro, la oposición más grande no vino nunca de ningún sector de la sociedad ni de las autoridades mexicanas, sino de otros refugiados republicanos peninsulares antiguamente, y del gobierno español de José María Aznar en los últimos tiempos.

Es un hecho que la “FIL catalana” no surgió de la nada. Los mencionados Juegos Florales se realizaron gracias a un grupito de catalanes entusiastas que había vivido en Guadalajara desde hacía tiempo y creía –entonces muchos decían que ingenuamente– en la eventual resurrección de su cultura. Es por eso que habían procurado tanto como pudieron fortalecerse los unos a los otros con las actividades catalanistas que a menudo llevaban a cabo: alguna obra de teatro, esas conferencias que había de vez en cuando, la celebración del Día Nacional de Cataluña y otras efemérides patrióticas, las actividades sociales, etcétera. Todo servía, según decían, para mantener encendida la flama. Precisamente el escudo de aquel Centre Català de Guadalajara, fundado en 1957, era una antorcha encendida y la flama estaba formada por las cuatro barras de rigor.

Si los organizadores de la feria años después acogieron con entusiasmo la idea de homenajear a la cultura catalana y ofrecerle una vitrina internacional como

quizá no la había tenido nunca hasta entonces fuera de casa, tampoco fue gratuito. Son personas que habían tenido desde su juventud contactos con algunos catalanes, trabajaron junto con ellos, se hicieron amigos –e incluso *compadres* y consuegros– y tuvieron muchas noticias de Cataluña que, en un momento dado, influyeron decisiva y favorablemente. Aparte de que también hubo entre ellos algún hijo de catalanes de pura cepa.

Pero lo que más me interesa a la hora de hablar de la impronta intelectual catalana en México es justificar la existencia de un importante depósito de simpatía de los mexicanos y la presencia desaprovechada en general de una estirpe catalana que, si bien no consiguió organizarse y sistematizarse como debería, tiene una influencia evidente que en ocasiones puntuales ha sabido sacar las uñas en favor de sus raíces.

A menudo los catalanes cometen el pecado de encerrarse demasiado en ellos mismos. México, sin ser una potencia y lleno de problemas sociales, políticos y económicos graves, no deja de ser un país con más de ciento veinte millones de habitantes, una historia milenaria muy rica y una fuerza cultural contemporánea superior a la de la mayor parte de los países del mundo.

Un esfuerzo catalán para recopilar los testimonios de esta impronta que, insisto, no es despreciable, a fin de darla a conocer con orden y sistema y, a partir de ahora, potenciarla, aparte de representar un merecido agradecimiento por un país que significó tanto para Cataluña en los tiempos más difíciles –en vez de in-

tentar disimularlo–, podría rendir grandes beneficios para todos.

Finalmente, querría decir que para la redacción de estas páginas se han consultado muchas fuentes impresas, documentales y orales, pero quizá la que aproveché más fue mi propia experiencia vital.

De cualquier manera, al final hay una lista de los textos que considero más importantes sobre el tema. Lo que no hice fue citarlos con rigor académico, porque la intención no era hacer un trabajo de este tipo, pero sí quiero manifestar que guardo un gran agradecimiento por todos aquellos que han hecho alguna aportación al conocimiento de la presencia catalana en mi país.

J.M.M.

Prehistoria de la presencia catalana

HAY NOTICIAS DE CATALANES que corrían por América desde finales del siglo xv, como las relativas a un tal Pere Margarit, que acompañó a Cristóbal Colón en su segundo viaje, si es que no hubiese que agregar a la lista al propio Gran Almirante, de cuyo origen catalán cada día nos convence más: como sabemos, firmaba *Columbus* y no *Colonus*, que sería la única forma de justificar el apellido falso que le impusieron: *Colón*.

También es verdad que fueron muy contados, hasta donde sabemos, quienes vinieron a América antes de mediados del siglo xviii. Se habla generalmente de que una disposición de la reina Isabel de Castilla –llamada la Católica– prohibía la residencia en las “Indias” de “catalanes, judíos y gente de mal vivir”. Pero las razones de tan escasa migración no son tan sencillas y ésta se relaciona también con el hecho de que la alianza de Aragón y Castilla, como resultado del matrimonio de Fernando e Isabel, esgrimido con mala fe como el nacimiento de una supuesta unidad hispánica, trascendió muy poco a la muerte de la Católica, cuando quedó bien establecido que América sería una posesión tan sólo de Castilla y León.

En consecuencia, las Cortes de Castilla declararon en 1523 que “ningún extranjero de estos reinos trate con las Indias”. De aquí que a los castellanos y leoneses, por cierto más dados a emigrar por causa de sus precarias condiciones de vida, les fuese más fácil cruzar “el mar océano”, mientras que los originarios del levante y del noroeste peninsulares tenían que superar infinidad de obstáculos, además de que, con los intereses puestos en el Mediterráneo y sufriendo menos estrecheces –sin que se pudiera decir que tuvieran para dar y prestar– vivían tranquilamente de espaldas al Atlántico.

A pesar de todo, además de los *caxtiltecah*, como se le llamaba en náhuatl a la gente española, hay testimonios de algunos catalanes, franceses, italianos e incluso griegos y otros habitantes de Europa que consiguieron introducirse en América.

¿Conquistadores?

Joan Marco y Joan Real, nativos de Barcelona, coincidieron como soldados en la conquista de la gran Tenochtitlan, aunque el primero prefirió hacerse mercader. También se habla de un Joan Grau, que hizo la misma gesta, pero estaba entre los de más categoría y regresó pronto a Cataluña supuestamente llevando consigo una hija de Moctezuma Xocoyotzin, el *hueytlatoani* o gobernante de los mexicas cuando llegaron los españoles. Parece ser que entonces nació la dinastía catalana que todavía hoy aspira al trono mexicano, a pesar del triste

final que tuvieron los dos sujetos que se convirtieron en emperadores de México durante el siglo XIX.

También encontramos al armador de barcos y cosmógrafo Joanot Durán, hijo de Barcelona, quien llegó a México en 1527 formando parte del equipo de Francisco de Montejo quince años antes de emprender a las órdenes de éste la conquista de Yucatán. Con el tiempo, Durán fue nombrado cosmógrafo real y escribió una *Goographia de la Nueva España*. Lamentablemente, parece que no se publicó nunca, y aunque el virrey Luis de Velasco se quedó con el manuscrito después de la intempestiva muerte de su autor, presuntamente se perdió cuando cruzó el Atlántico. Durán también es recordado por las mejoras que ideó para los barcos que se armaban en México.

Sin ánimo de ser exhaustivo, quiero mencionar a dos catalanes más: Antoni Boteller y Joan Messeguer. El primero, hijo de Tortosa, vino en 1529. Andaba por Oaxaca buscándose la vida con poco éxito y prefirió acompañar al primer virrey, Antonio de Mendoza, para someter la famosa revuelta del Miztón en 1541 “llevando con él dos negros y cuatro soldados”.

Déjenme decir que esta revuelta es la más importante que hubo en México durante toda su historia colonial, excepto, desde luego, por la Guerra de Independencia, y acabó con una de las masacres más notables de las que hay noticia. Fue de tal fuerza y crueldad la represión, que los propios indígenas preferían matar a sus familiares y suicidarse antes de caer prisioneros.

El caso de Boteller llama especialmente la atención no sólo por el hecho de que podría ser el primer catalán en llegar a tierras de Jalisco y de Zacatecas, en el occidente de México, que formaron al reino de Nueva Galicia, la historia de la cual he estudiado principalmente a lo largo de mi vida. En las minas de Zacatecas, precisamente, aprendió Boteller a utilizar el azogue según unas técnicas inventadas en México que llevó a Andalucía, donde murió en 1556, cuando estaba encargado de dirigir la explotación de las minas de mercurio de Guadalcanal.

Intelectual

El otro, Messeguer, que era un hombre de letras, podría tildarse de ser el primer catalán guadalupano. En 1556 el provincial de los franciscanos se manifestó muy duramente contra el culto de la Virgen de Guadalupe –una imagen morena, conocida después como *Emperatriz de América*– diciendo, entre otras cosas, que por su color era como la embriaguez. Messeguer, más o menos de treinta y cuatro años de edad y natural de Barcelona, le llevó la contraria haciendo una férrea defensa muy interesante a partir de la declaración de que Nuestra Señora de Montserrat, también morena, estaba a siete leguas de su ciudad natal, donde había “veladoras de Su Santidad, de Su Majestad y del Rey de Francia y del Rey de Inglaterra y de muchos otros señores”. De hecho, su discurso consiste básicamente en una comparación de las dos “morenitas”. La *información* de Messeguer fue incluso impresa y tuvo

bastante eco en ese tiempo, sobre todo porque estaba de acuerdo con el arzobispo de México.

Evangelizadores

Sabemos que el jesuita Joan Font vivió entre los tepahuanes, al norte de México, y los tarahumaras, todavía más al norte, sin bajar de la Sierra Madre Occidental, hasta que murió en 1616; y que Esteve Carbonell, aun cuando se acreditó como valenciano, durante sus aventuras como piloto por el Golfo de California impuso los nombres de *Montserrat* y *Catalana* a dos islas de escasa magnitud y nula población. Pero esta última, con el paso del tiempo y por culpa de la mala caligrafía de algunos cartógrafos, acabó convirtiéndose en Catalina; la otra, en cambio, conserva su nombre original de manera impecable. Hay noticias también de que a mediados del mismo siglo XVII un franciscano de nombre Bartomeu Gabaldà incursionaba en el lado opuesto de México: Tenosique y el río Usumacinta, en tierras mayas, hoy en los límites de México y Guatemala.

Como se puede ver, a pesar de las limitaciones establecidas, la presencia catalana se esparció bastante y, más adelante, casi podríamos decir que, a pesar del reducido número, catalanes había por todas partes.

El firme control de *qué* y *quién* pasaba a América lo establecía la Casa de Contratación, que estaba en Sevilla desde 1503, y el puerto de Cádiz, en España, y el de Veracruz, en México, eran los únicos autorizados para

el ir y venir de mercaderías y de gente. Pero hace falta considerar también que, a causa del gran incremento de los precios provocado por esta exclusividad, el contrabando superó muchas veces en volumen al tráfico legal, lo cual abría también la posibilidad de que con las mercaderías pasaran personas.

Como la capacidad española de exportar pobladores al Nuevo Mundo menguó a medida que avanzaba el siglo XVII, las restricciones a catalanes y otros se fueron tornando más laxas. Además, después de que Cataluña fuese sometida por Castilla en 1714, cuando otros estados europeos daban muestras de buscar una participación más grande en América, las autoridades españolas no sólo se hicieron más condescendientes con ellos, sino que incluso fomentaron el traslado de catalanes a ciertas partes de América, a efecto de contener las aspiraciones de los demás. Éste fue el caso, desde 1750, de franciscanos como Juníper Serra y Francesc Palou, que se habían establecido en Sierra Gorda, en el actual estado de Querétaro, y otros en la Ciudad de México.

Resulta curioso que a pesar de haberse estudiado y aplaudido mucho la gesta de Serra en la Alta California, de lo que hizo antes en Querétaro no se diga casi nada, aunque permaneció ahí fácilmente unos diez años.

Nueva oleada diversa

Después de la expulsión de los jesuitas de todos los dominios de Carlos III, 1767 fue el periodo de la épo-

ca colonial cuando más catalanes llegaron a México. Se trató mayormente de franciscanos y soldados. En el mismo año Gaspar de Portolà fue designado gobernador de California, con sede en Loreto –en la península de Baja California–, pero con la idea principal de que preparara una expedición hacia la Alta California con tal de detener el avance hacia el sur de los rusos y evitar la llegada de los británicos, por mar o por tierra, a las costas nórdicas del Pacífico. Después de su gestión, Portolà fue destinado como gobernador en Puebla.

En la misma época Pere Fages y su Compañía de Voluntarios Catalanes, que estaban acuartelados en Guadalajara, fueron enviados a Sonora. Fages secundó a Portolà y Serra para llegar hasta la gran Bahía de San Francisco en 1769. Después, fue comandante de los nuevos establecimientos y de hecho comenzó la colonización de California, territorio del cual fue gobernador desde 1782 hasta 1791, cuatro años antes de morir en la Ciudad de México, pero todavía con tiempo de hacer construir una gran casa detrás del Palacio del Virrey.

También cabe mencionar a los hermanos Pau y Pere Font, igualmente franciscanos. Ambos estuvieron en Querétaro a partir de 1769, pero después el primero regresó a México, mientras que el segundo, de excepcionales conocimientos matemáticos, geográficos y musicales, fue enviado a Sonora y a las Californias. Asimismo, debe señalarse la presencia del famoso ingeniero militar Miquel Constansó, que trabajó primero en fortificaciones tan alejadas entre ellas como las de

Veracruz y Sonora, para acabar en San Diego y en San Francisco. Murió en México en 1814.

Por el sureste trabajaron otros militares, como el ingeniero Rafel Llobet, constructor también de fortificaciones como las de Bacalar y Champotón, cerca de la actual frontera con Belice, y las de Mérida. En esta ciudad murió en 1808. Llobet coincidió con Joan de Vilajoana, que hizo descripciones importantes de puertos y ríos de los mismos lugares. Otro ingeniero militar de ese tiempo fue Agustí Mascaró, constructor del emblemático Castillo de Chapultepec, en la Ciudad de México.

Este edificio fue primero una protección que servía también como lugar de descanso y distracción de los virreyes. Después, cuando el país se independizó, se convirtió en colegio militar y jugó un papel muy importante al defender la capital de los ejércitos estadounidenses en 1847. Finalmente, fue la residencia de los presidentes, hasta que Lázaro Cárdenas hizo que se convirtiera en el Museo Nacional de Historia.

Los campechanos

A partir de 1789 se había autorizado que los principales puertos ibéricos pudieran comerciar con México –Nueva España– y otros lugares de “la América española”. En México, además del puerto de Veracruz, se habilitó el de Campeche. Como en Veracruz era difícil establecer tratos porque grandes empresas tenían bien establecido el control del antiguo eje comercial Veracruz-Cádiz, fue

por Campeche que comenzaron a entrar mercaderías procedentes de Cataluña, a menudo acompañadas de los propios comerciantes e incluso gente de otras profesiones y actividades.

En el sureste mexicano prevalecen bastantes apellidos catalanes, como testimonio de su dinastía: el poeta Carlos Pellicer, de la vecina entidad de Tabasco, es un ejemplo relevante, pero se pueden encontrar muchos más, incluso alguno que más bien hace que se le caiga a uno la cara de vergüenza; “de todo hay en la viña del Señor”.

En Campeche, precisamente, fue a parar un médico de Sitges de nombre Bartomeu Robert i Girona, que en 1813 tuvo ahí un hijo: Francesc Robert i Batlle. Éste estudió medicina en París y después residió en Tampico –también en la costa del Golfo de México, pero más al norte que Campeche–. En Tampico tuvo dos hijos, uno de nombre Bartomeu –en 1842–, y Josepa, ambos con una señora que se llamaba Teodora Yarzabal, pero ante la invasión yanqui, en 1846, los pequeños fueron enviados a Sitges. Finalmente, este tercer Robert, hijo de México y de mexicanos, se convirtió en uno de los alcaldes más famosos de la ciudad de Barcelona, donde murió en 1902.

Otro catalán que llegó a Campeche, pero fue a parar mucho más adentro del territorio mexicano, fue Josep Llorens i Camelles, que a comienzos del siglo XIX estaba tan bien establecido en Guadalajara como para aportar una buena cantidad de dinero destinada a comenzar las obras de la Casa de la Misericordia –llamada después

Hospicio Cabañas–, la cual, por su magnitud, demostraba que en ese tiempo en Guadalajara había bastante dinero pero también un exceso de miseria. Por cierto, aunque parece que no es del todo cierto, se dice que el edificio fue diseñado por el arquitecto valenciano Manuel Tolsà. Hoy la casona es un centro cultural de gran importancia que, aparte de obras artísticas móviles, acoge las expresiones más importantes del muralismo mexicano: *El hombre de fuego* de José Clemente Orozco.

En los alrededores de Guanajuato, ciudad de gran importancia minera, también se debió establecer algún catalán, a finales del siglo XVIII, posiblemente dedicado a los textiles, la producción de los cuales se incrementó mucho en ese tiempo en la vecina ciudad de León. Allí vivía José Murià i Giné cuando se afilió en 1810 a las fuerzas insurgentes que formó un rico terrateniente de nombre José Antonio Torres, a fin de marchar sobre Guadalajara y ganarla para la causa de los independentistas. De esta ciudad salieron para enfrentarse a las fuerzas del virrey y ser derrotados en la famosa batalla de Puente de Calderón. Murià regresó a Guanajuato herido y parece que él mismo, una docena de años después, era secretario del Congreso Local. Más adelante, este Murià hizo suficientes méritos como liberal para ser desterrado por el dictador Antonio López de Santa Anna.

Hay otros casos que los mexicanos reconocemos mucho, como los soldados que fueron fusilados en 1812 en el Fuerte de Perote, a medio camino entre Veracruz y México, por negarse a disparar contra los insurgentes.

Joan Aragó

El más notable catalán a favor de la independencia mexicana, muy poco conocido, por cierto, fue Joan Aragó. Había nacido en 1788 en el pueblo de Estagell, en lo que ahora se conoce como la Cataluña Norte y antiguamente recibía el calificativo de Francesa. En dicho lugar residió hasta 1803, cuando su familia se trasladó a la ciudad de Perpiñán. Tres años después abrazaría la carrera de las armas en el ejército francés, pero fue expulsado en 1813 por sus ideas liberales y su vocación catalanista.

Regresó entonces a Perpiñán y trabajó con su padre, quien era director de la Casa de Moneda. Tres años más tarde tuvo que renunciar, también a causa de sus ideas, y pasó a Nueva Orleans, centro de reunión, entonces, de liberales de muchas partes. Precisamente en 1816, en dicha ciudad norteamericana, hizo contacto y amistad con Francisco Javier Mina, quien se preparaba para arremeter contra el absolutismo Borbón por el noreste mexicano.

Gracias a sus conocimientos militares, a que no era un aventurero vulgar y a que poseía un ideario político muy sólido y estructurado, Mina lo vio con muy buenos ojos, y cuando el 21 de abril de 1817 los siete buques de su expedición desembarcaron en Soto de la Marina, Aragó ya era el segundo al mando.

Como sabemos, se internaron hasta el corazón mismo de México, entre las poblaciones de Lagos (hoy de

Moreno), San Luis Potosí y Guanajuato, donde hicieron una sólida alianza con Pedro Moreno, quien estaba alzado desde hacía ya algún tiempo. Su notable fuerza hizo que el gobierno español concentrara todos los efectivos posibles en su contra, los cuales el 27 de octubre lograron vencerlos y apresar a Mina, quien fue fusilado dos semanas después, con un juicio previo que más bien resultó una mascarada.

Pero Joan Aragón consiguió escaparse, reorganizar las fuerzas y, a pesar de muchas dificultades, quedar como cabeza de aquel ejército, que se mantuvo en pie de lucha al menos un par de años más, hasta 1819.

Al jurar Fernando VII en España la Constitución de Cádiz, obviamente no por voluntad propia, sino obligado por el triunfo de la rebelión encabezada por Rafael Riego, Aragón aceptó el indulto y se instaló con gran modestia en Guanajuato. Cuando en 1821 cobró nuevos bríos la lucha independentista, Aragón calzó de nuevo las botas, pero siempre ligado con los liberales. En el mes de septiembre se consumó la independencia y poco después Aragón fue nombrado coronel del ejército mexicano.

Concordando con su ideario, se opuso al “Imperio” de Iturbide, y en 1823 destacaba en Puebla combatiendo a favor de la República Federal. Fue nombrado director del cuerpo de ingenieros militares y en 1833 fue declarado “benemérito de la patria” por los gobiernos de México, Veracruz y Tamaulipas. Cuando murió en la ciudad de México (1837), era ya General de Brigada.

Comerciantes y artistas del siglo XIX

Entre los comerciantes que ya en el siglo XIX se establecieron en el sureste, a partir de Campeche, destacaron Jaume Alzina, en Mérida, el cual hizo venir después a diversos amigos y parientes a trabajar con él, y, el más notable, Josep Ferrer i Roxac que, en el mismo Campeche, llegó a ser considerado el comerciante más importante de todos, tanto a causa del ingenio que tenía para hacer contrabando como por sus habilidades para comprar y vender legalmente.

De cualquier manera, no debe creerse que fueron muchos los catalanes que vinieron a México durante el siglo XIX, sobre todo al comparar con el gran volumen que fue a parar a Cuba y Puerto Rico, que seguían como colonias del agotado Imperio español. Pero es el caso de que, por diversas razones, entre otras la crisis económica catalana de la época, también vinieron a parar aquí artistas que hicieron un buen papel y justificaron de sobra el sueldo asignado a ellos, que, por cierto, no siempre cobraban puntualmente ni completo.

Se tiene que comenzar mencionando al autor de la música del himno nacional mexicano, Jaume Nunó i Roca, nacido en Sant Joan de les Abadesses en 1824, que ya estaba en Cuba cuando fue contratado para dar clases de música en la Ciudad de México. Sin embargo, se marchó pronto hacia Estados Unidos.

No sabría decir si la obra es buena o no, pero a los mexicanos nos gusta y en ciertas circunstancias incluso

nos emociona. Lo que pasa es que esta pieza de Nunó se ha convertido en uno de los elementos *identitarios* y un motivo de respeto para todos los mexicanos, de tanta importancia como las *tortillas*, el *chile* o el tequila, y sobre todo la *tri*(color), la bandera que también nos agrada y respetamos todos juntos.

Nos da igual que digan que el concurso celebrado en 1853 para seleccionar el himno se había decidido por adelantado y que la obra la había pensado su autor originalmente como un himno a la *Pilarica*: ahora es nuestro y nadie nunca nos lo quitará. Nunó vivió muchos años al norte de Estados Unidos e incluso murió ahí en 1908, pero cinco años antes todavía pudo estar presente en México cuando se celebraron los primeros cincuenta años de vida del himno nacional mexicano.

Otros dos artistas barcelonenses se presentaron en México en la misma época: el escultor Manuel Vilar i Roca (1811) y el pintor Pelegrín Clavé (1812), ambos alumnos de la famosa galería Llotja de Barcelona y estudiantes en Roma después. En 1845 fueron contratados para trabajar en la Academia de Bellas Artes de San Carlos, de la Ciudad de México, Clavé como director y a cargo de las clases de pintura, y Vilar, de las de escultura.

Juntos reorganizaron a fondo la Academia y cada quien hizo obras importantes, siempre con el espíritu “académico” que predominaba en la época. Clavé fue el pintor preferido de la alta sociedad e hizo muchos retratos. Regresó a Cataluña con la intención de quedarse en 1866, cuando se esfumaban la dominación francesa

y el imperio de Maximiliano de Habsburgo, pero no se halló. Finalmente, murió en México en 1880, curiosamente en el mismo año que su íntimo amigo Vilar. Éste, por su parte, había innovado de manera importante en la escultura mexicana e hizo también algunas obras relevantes que todavía se conservan. Una de ellas es la escultura de Colón, que fue inaugurada doce años después de su muerte.

Podríamos dudar en incluir en esta relación a Santiago Rebull, porque nació en Altamira en 1829, cuando sus padres tuvieron que salir de México a causa de la expulsión de los españoles. Vivió y estudió en Barcelona, pero lo hizo también en San Carlos bajo la dirección de Pelegrín Clavé, y después obtuvo una beca del gobierno mexicano en Roma, de 1852 a 1858. Cuando regresó, se incorporó a la Academia y, finalmente, el presidente Juárez lo hizo director de ella. Entre otras cosas, decoró el Castillo de Chapultepec e hizo los retratos más famosos de los “emperadores” Maximiliano y Carlota. Murió en la Ciudad de México en 1902, dejando una obra muy importante y apreciada, también dominada por el academicismo.

Cabe señalar que todas estas personas desobedecieron la legislación española todavía vigente desde la consumación de la independencia de México, en 1821, que no permitía a sus súbitos que se establecieran en cualquier país que se hubiera independizado de España. Sólo lo podían hacer los canarios. No fue hasta 1857 que se levantó el interdicto.

Uno de los catalanes decimonónicos que se ganaron más la gratitud de los mexicanos –sin haber vivido jamás en México– fue el general Joan Prim i Prats, por su decisión de no dar apoyo a los franceses que invadieron nuestro país a partir de 1862 con la excusa de cobrar lo que se les debía. Además, Prim convenció a los ingleses de que hicieran lo mismo y se retiraron juntos.

Finalmente, los franceses siguieron con el plan y, después de una fuerte sacudida y de recibir muchos refuerzos, se establecieron en México y trajeron a su emperador, Maximiliano de Habsburgo, pero cuatro años después se tuvieron que ir con el rabo entre las patas y el flamante emperador fue fusilado.

La esposa de Prim, Francisca Agüero, era mexicana de nacimiento, aunque vivía en Francia cuando conoció a su marido, y Prim era masón, al igual que el presidente Benito Juárez y buena parte de su gobierno. Pero quien influyó más en su trascendental decisión fue el general Llorenç Milans del Bosch i Mauri, su lugarteniente –hijo de Reus, como el propio Prim–, quien viajó de incógnito a la Ciudad de México para hablar con calma con el presidente Juárez y otras personas de su gobierno. Entonces, se dio cuenta de que la difícil situación económica mexicana había obligado al gobierno a suspender temporalmente el pago de las deudas con el extranjero, y de que lo que pretendían los franceses en realidad era seguirle el juego a los conservadores mexicanos y aprovecharse de las ganas de éstos de volver a mandar a toda costa. Cuando Milans del Bosch regresó a Orizaba,

donde Prim se había acuartelado, no le costó nada vencerlo de lo que finalmente hizo.

Obreros, empleados y más artistas

Fue de una naturaleza muy diferente la inmigración catalana a México al declinar el siglo XIX y comenzar el XX. Se trataba principalmente de gente modesta, pero de cierta capacitación técnica que venía a buscar trabajo y mejores condiciones de vida. Algunos consiguieron regresar después a Cataluña con una buena posición económica, en calidad de indianos: “habían hecho la América”. Pero otros dejaron su semilla que, en algunos casos, dio frutos muy importantes. Quizá los descendientes más notables de ese colectivo fueron Narciso Bassols, Jaime Torres Bodet, Manuel Gual Vidal y José Manuel Puig y Casauranc. Curiosamente, los cuatro fueron, entre otras cosas, destacados ministros de Educación Pública. De Bassols se tiene que decir además que influyó mucho en favor de la República Española durante su Guerra Civil, para proteger a los republicanos en Francia y abrirles las puertas de México. Torres Bodet fue el primer director general que tuvo la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, y renunció airadamente en 1955 cuando el gobierno de Franco fue admitido en la Organización de las Naciones Unidas.

Al comienzo del siglo XX los catalanes que había en México, sin ser muchos, al menos pudieron crear una

primera institución catalana. El pie de cría parece ser que un contingente de albañiles calificados que fueron a trabajar un tiempo a San Francisco, California, como resultado del famoso terremoto de principios del siglo xx, prefirió quedarse en México, donde se realizaban también las muchas construcciones de cara a la celebración del primer centenario de la independencia. La nostalgia y la vocación de los obreros catalanes para cantar en coro coincidió con la presencia en México de otros músicos catalanes que formaban el quinteto Jordà-Rocabruna. Entre ellos estaban Guillem Ferrer Clavé, sobrino del famoso organizador de orfeones, y Josep Rocabruna, nacido en Barcelona en 1879.

Rocabruna fue un músico muy importante en México. Llegó en 1902 después de haber tenido cierto éxito en Nueva York y muy pronto le ofrecieron la cátedra de violín en el Conservatorio de Música. La aceptó y la mantuvo hasta su muerte, acaecida en 1957. A lo largo de su vida dirigió las mejores orquestas de México y las mejores escuelas de música, además de presidir las asociaciones más importantes. En 1919 hizo venir a Pau Casals, con quien había tocado en Barcelona y se había hecho amigo en el Conservatorio del Liceu.

El 15 de septiembre de 1906 veintiséis socios dieron vida al Orfeó Català de Mèxic, que todavía existe, después de una vida fructífera, pero, lamentablemente, hoy en día casi vegetativa.

También vale la pena mencionar que el barcelonés Antoni Fabres i Costa fue director de pintura de

la mencionada Academia de San Carlos mientras vivió en México de 1903 a 1907; en este último año regresó a Europa y se quedó a vivir en Italia.

Entre los casos de inmigrantes que reunieron un capital excepcional destacan Artur Mundet i Carbó –nacido en el Bajo Ampordán en 1879– y los hermanos Antoni y Joan Busqueta, hijos de Terrassa. El primero, después de dedicarse un tiempo a la industria del corcho, forjó, a partir de 1915, la famosa empresa de bebidas con su nombre que tenía una gran importancia cuando murió en 1965. Los otros fueron los dueños de La España Industrial, una gran fábrica de tejidos de San Luis Potosí.

Joan Servitje Torrellardona, hijo de Igualada alrededor del año 1885, llegó a México en 1903 procedente de Argentina. Venía a trabajar en La Flor de México, una pastelería de sus tíos, los hermanos Torrellardona, fundada un par de años antes. En 1928 Servitje creó El Molino, que le dejó a sus hijos cuando murió en 1936. Diez años más tarde, éstos se asociaron con sus primos Jaume Jorba y Jaume Sendra, recién llegados, y dieron vida a la famosa panificadora Bimbo.

Desde 1905, Ángel Tatay Noguera –barcelonés de 1872– estableció una fundidora en Guadalajara que llegó a tener gran importancia. Había llegado a la República Mexicana diez años antes, nueve de los cuales se los pasó en Mérida fabricando maquinaria para el henequén.

Casos como el suyo no son raros. En cambio sí que lo son los de Felip Teixidor i Benach y Joan Roca i Olivé. El primero era hijo de Vilanova y la Geltrú (1895) y

llegó a México en 1919, cuando tenía veinticuatro años. Antes había residido un tiempo en París, donde hizo amistad con el pintor Diego Rivera. La sospecha es que había desertado para no hacer el servicio militar en África... Sea como fuere, se dice que el mundo de los libros en México sería hoy una cosa muy diferente sin Felip Teixidor.

Su debilidad fueron los libros de viajes, razón por la cual la Fundación que hoy lleva su nombre patrocina preferentemente ediciones de este tipo. Lo más importante que ha publicado hasta ahora es la colección de retratos indígenas que estuvo haciendo por diversos lugares de México el pintor Josep Cañas, del cual se hablará enseguida. Como Teixidor era más bien un bibliófilo, reunió impresos de mucho interés para la historia de México y él mismo les formó y editó algunas colecciones. Como tenía a su cargo una de las colecciones de libros más largas que se hayan publicado alguna vez en México, hizo una retahíla de prólogos sobre temas muy diversos.

A poco de llegar a México, administró la famosa revista *Contemporáneos*, que se considera un hito de las revistas de cultura, pero su obra más notable y apreciada fue la dirección de las cuatro primeras ediciones del afamado *Diccionario Porrúa de historia, biografía y geografía de México*, que se comenzó a publicar en 1964 en un solo volumen. Como se ha incrementado constantemente, todavía es la obra más importante de este tipo. Ahora ya son siete las ediciones que han salido y las

últimas ya fueron de cuatro volúmenes. Todo se debe al hecho de que Teixidor lo dejó todo bien organizado con tal de que, después de su muerte, el equipo continuara funcionando tan bien como siempre.

En mayo de 1980 fue elegido miembro de número de la Academia Mexicana de la Lengua, pero desafortunadamente ya no pudo ingresar de manera formal, porque murió cerca de tres meses después de su elección.

Por lo que hace a Roca i Olivé, hijo de Tarragona en 1890, hay que decir que se marchó para estudiar medicina en la Universidad Johns Hopkins de Estados Unidos en 1918, y después, posiblemente por las mismas razones que Teixidor, prefirió quedarse en México. Aquí hizo un trabajo muy importante, entre otras cosas ayudando a crear la Escuela Superior de Medicina del Instituto Politécnico Nacional y diversos departamentos en la facultad correspondiente en la Universidad Nacional Autónoma de México.

De los últimos inmigrantes de gran éxito económico, anteriores a la diáspora republicana, se tiene que señalar a los hermanos Josep y Jeroni Bertrán i Cusiné, nacidos en el Alto Penedés en 1907 y 1909. Llegaron a México en 1936 y fueron los dueños de la empresa Constructora El Águila, que llegó a ser la más importante de todo el país. Entre otras cosas, a finales de los años cuarenta fue la encargada de hacer lo que faltaba del tramo mexicano de la famosa Carretera Panamericana, que un día permitirá ir por tierra de punta a punta del continente. Josep murió en México en 1974.

Cabe agregar que los Bertrán patrocinaron el viaje del pintor Josep Cañas por diferentes rincones por donde pasaría la mencionada carretera, de los cuales salió la famosa colección de retratos indígenas publicada en 2005 por la Fundación Teixidor y El Colegio de Jalisco, de la cual ya se ha hecho mención. Josep Cañas era hijo también del Alto Penedés.

Además de fundar un banco, llamado de la Propiedad, los hermanos Bertrán i Cusiné hicieron grandes inversiones en Ensenada, cerca de la frontera de las dos Californias, donde potenciaron el desarrollo vitivinícola del valle de Guadalupe y en la actualidad se producen diferentes marcas del mejor vino de México.

Hemos llegado al final de esta suerte de “prehistoria” de la presencia catalana en México. Como se puede observar, se ha tratado de casos esporádicos y con pocas conexiones entre ellos, de manera que la impronta resulta muy diferente de lo que vino más adelante.

No me he adentrado, porque todavía no se ha hecho investigación en este sentido, en el tema de la presencia indirecta de muchos catalanes por medio de sus hijos o nietos. El ya mencionado Carlos Pellicer y Alberto Gironella, uno poeta y el otro pintor, pero ambos de gran prestigio y descendientes de catalanes, son un ejemplo entre muchos otros. No hace falta decir cómo se ampliaría el panorama si tratáramos el tema de los hijos de exiliados que vinieron después.

El exilio republicano

FUE INQUEBRANTABLE LA SOLIDARIDAD con la República Española del gobierno mexicano desde que éste fue presidido por Lázaro Cárdenas (1934-1940). Así se mantuvo hasta 1977, cuando se estableció un orden más o menos democrático en ese país ibérico. En consecuencia, cuando en 1939 se consumó el triunfo de los golpistas, como bien se sabe, las puertas de México se abrieron de par en par para el contingente de exilados políticos más grande que alcanzó a llegar a América.

Pero los primeros asilados, que habían llegado en junio de 1937, fueron 456 niños y niñas de familias trabajadoras de la costa mediterránea, reclutados por causa de la inseguridad y especialmente la gran falta de alimentos que padecían. Nadie supuso que no regresarían pronto, cuando se reestableciera el orden legal, pero esto último no ocurrió, lo cual dio lugar a un igual número de trágicas aventuras. Una buena parte eran catalanes que, en sus circunstancias, también perdieron casi por completo la noción de su identidad original.

Fueron conocidos como los Niños de Morelia, porque en esta ciudad los acogió la escuela llamada España-México, creada especialmente para ellos. Aquí estudiaron y vivieron durante varios años. Cuando fue disuelta, los niños quedaron a la “merced de Dios”, mientras que las ya señoritas fueron casi todas recogidas por “buenas” familias españolas de Puebla y México, generalmente de antigua residencia, o mexicanas de Guadalajara y de otras partes, que se solidarizaron con la idea de evitar que pudieran perderse en un comportamiento indecente. La prostitución era lo que más les preocupaba, aunque también se esmeraron en quitarles las ideas izquierdistas que predominaron en sus hogares de origen y en la escuela moreliana.

En el mismo barco que vinieron tales niños lo hizo también el Futbol Club Barcelona y algunos jugadores aprovecharon para quedarse. El más famoso de todos fue Martín Vantolrà, apodado El Maestro.

Pero el contingente más grande de exiliados, lleno de notables de muy diversas condición y creencia cuyo común denominador era el espíritu democrático, tendría que llegar a partir de 1939, cuando se consumó el triunfo del fascismo. De todos los pueblos de la Península Ibérica, el catalán sufrió la peor arremetida; entendiéndose que su cultura resultó especialmente perseguida, tuvo que salvar su vida con el exilio no tan sólo de quien se había mostrado públicamente como republicano, sino incluso de aquellos que constituían baluartes de su cultura o sencillamente eran catalanes como era debido.

A México llegaron más de diez mil catalanes refugiados, entre quienes viajaron pronto –antes de la Segunda Guerra Mundial–, los que vinieron cuando ésta ya estaba en su apogeo y quienes lo hicieron después, hasta finales de los años cuarenta y comienzos de los cincuenta, abrumados y pisoteados por la represión que se vivía en Cataluña.

No se tiene que perder de vista que, en definitiva, a México vino a parar un número de exiliados superior al que llegó a todos los demás países de América juntos.

Su escolaridad era en promedio más alta que la de los exiliados de otros lugares peninsulares. Era natural, considerando que ya hemos dicho que no solamente tuvo que huir la clase política, sino también la intelectualidad.

Como cabe suponer, enriquecieron enormemente al Orfeó Català de Mèxic y dieron vida a algunas instituciones similares, pero de importancia menor –como el Centre Català de Guadalajara– y vida efímera: el Casal Català de México y el de Puebla. Pero sin duda resultó bastante más importante la alimentación de muchos otros sectores de la realidad del país que los acogió.

Se puede afirmar que, como lo hizo el maestro Pau Casals en el puerto de Veracruz, en 1956 la esencia de Cataluña sobrevivió en México, o, tal como se ha dicho algunas veces, que la capital de este país lo fue hasta cierto punto también de la cultura catalana, al menos hasta mediados o finales de los años cincuenta. Simbólico es el hecho de que, en 1954, un par de años antes de

la visita de Casals, fuese precisamente en la Ciudad de México donde dos docenas de diputados del Parlamento de Catalunya se reunieron con tal de elegir a Josep Torradelles como presidente de la Generalidad, a causa de la dimisión de Josep Irla, el cual había sucedido a Lluís Companys después de que éste fue asesinado por los españoles franquistas en 1940.

Pensando solamente en su obra catalana –libros, revistas, conferencias y demás–, podríamos a pie juntillas decir que fue en conjunto más importante de lo que mucha gente piensa. Publicaciones periódicas como *Quaderns de l'Exili*, *La Nostra Revista*, *Pont Blau* y *Xaloc* destacan entre cerca de un centenar más que aparecieron después de 1939, por su gran duración y por haber obtenido números de gran calidad, además de la portentosa regularidad y duración excepcional del *Butlletí* mensual que se hizo en Guadalajara de 1961 a 1976.

Igualmente, hace falta recordar que se publicaron más de trescientos libros de muy diversos tipos en catalán. La inmensa mayoría se imprimió en el Distrito Federal, pero también se hicieron algunos en Guadalajara. Además, cabe recordar la realización en México de cuatro ediciones de los treinta y cinco *Jocs Florals de la Llengua Catalana* que se celebraron en el exilio y que tanto contribuyeron a animar la decaída producción literaria. Es justo remarcar que en ningún otro país de América se celebró tantas veces la gaia festa y que su secretariado radicó siempre en el valle de Anáhuac.

Una buena parte de los exiliados concentró su vida en el *Orfeó Català*, quizá excesivamente, de manera que mantuvieron una relación muy escasa con el entorno social, pero muchos otros, sin perder su identidad e incluso transmitiéndola con fuerza a sus hijos, se comprometieron también de una manera intensa con el desarrollo mexicano y se puede decir, sin pelos en la lengua, que contribuyeron a ella de manera muy notable. Es por eso que ahora, sin pretender decirlo todo, me atrevo a hacer el intento de presentar aunque sea un apunte muy superficial de su impronta en México, es decir, de lo que podríamos llamar la obra mexicana de ese colectivo.

En este sentido, quienes tuvieron que esforzarse más fueron los hombres de letras, pues había que superar “las barreras del idioma”, ya que el catalán, en el cual se habían forjado, no les servía de mucho. Hasta quienes eran en verdad bilingües tuvieron que procurar también compenetrarse con el español que se habla en México, el cual no sólo tiene diferencias de léxico, algunas muy importantes y que pueden comportar molestas confusiones, sino incluso de carácter sintáctico y, sobre todo, fonético. Quienes lo pudieron hacer mejor y con más facilidad, como es natural, fueron los que llegaron más jóvenes, sin tanto dominio del catalán, por una parte, y con más facilidad, por el otro, para aprender bien el idioma español que se habla en México.

De cualquier manera, la obra de unos y otros es importante. Hubo, sin embargo, casos excepcionales. El del

barcelonés Avel·lí Artís Gener, nacido en 1912, más conocido como Tísner, es quizás el más notable de los que llegaron ya completamente formados –cuando le faltaba poco para cumplir treinta años–, alcanzaron una gran comprensión de la esencia mexicana y se comprometieron con el país sin perder un solo gramo de catalanidad. Incluso podríamos decir que la enriqueció. *Paraules d’Opton el Vell* (1968), ficción de un descubrimiento y una conquista de España por los mexicanos, hace gala de haber asimilado el espíritu de las crónicas indígenas que sobrevivieron a la conquista y lo que se escribió muy poco después de comenzada la colonia española.

También fue notable el cuento “Sesenta pesos de delirio”, que ganó en 1965 el primer lugar del concurso anual de la importante revista *El Cuento*. Hace falta agregar que Tísner era muy versátil, ya que pintó, hizo escenografías y decoraciones, además de caricaturas y varias cosas más. Se puede decir que todo lo hacía muy bien. Lamentablemente para México, regresó a Barcelona a finales de 1965, dónde murió finalmente en el año 2000, habiendo impulsado sobremanera la recuperación de la cultura catalana.

Ramón Xirau, también nacido en Barcelona en el año 1924, pero con fuertes raíces en el Ampurdán, tenía doce años menos que Tísner y, aparte de fundar y dirigir la importante revista *Diálogos*, editada en El Colegio de México, publicó varios trabajos de filosofía y mucha poesía. Quizá es el autor catalán con más presencia en las revistas culturales mexicanas. Como

crítico literario, Xirau hizo espléndidos estudios de la poetisa mexicana del siglo XVII, Juana Inés de la Cruz, del poeta catalanófilo Octavio Paz y, en general, de la poesía latinoamericana.

También se notó la presencia de Josep Carner con ensayos y poesía, además del famoso teatro poético *Misterio de Quenaxhuata* (1943) y poesía para niños: *Casos y pláticas de animales* (1940). Los jaliscienses debemos agradecerle la promoción, en la editorial que fundó, de las mejores novelas que se han escrito sobre los cristeros, de la autoría de José Guadalupe de Anda.

Igualmente Agustí Bartra, hijo de Barcelona (1908) y criado en Sabadell, publicó bastantes traducciones, un par de novelas y un libro de versos de reminiscencia indígena: *Quetzalcóatl* (1960). Regresó a Cataluña en 1970 y murió en 1982.

Se dice que la escritora catalana exiliada en México de mayor relevancia fue Anna Murià, nacida en Barcelona en 1904 y esposa de Bartra, de quien hizo diversos textos biográficos. Lo sobrevivió unos veinte años. Su principal valor está en los cuentos, pero en México no dejó prácticamente nada digno de mención.

Quizá los ensayistas literarios más notables sean Manuel Durán (nacido en 1925 en Barcelona) y Josep Pascual Buxó (en Sant Feliu de Guíxols, 1931); ambos dejaron una gran bibliografía y ejercieron mucha docencia, el primero trabajó más en Estados Unidos. El segundo, en cambio, fue una pieza clave de la Universidad Nacional Autónoma de México. Murió en 2019.

De la línea más estrictamente filosófica, en México no puede dejarse de hablar de Eduard Nicol (Barcelona, 1907), autor de muy diversas obras formales con una cierta vocación metafísica con tendencias realistas. *La idea del hombre*, de 1946, puede que sea el libro más reconocido, entre muchos otros, y una gran producción de artículos en revistas especializadas. Una de las más importantes de éstas es *Dianoia*, que fue fundada y dirigida por él mismo durante un buen tiempo a partir de 1954. Murió en el Distrito Federal en 1990.

Aunque se fue pronto a Estados Unidos, en 1946 –donde murió en 1983–, Joan Roure Parella (hijo de la Garrotxa, 1897) también dejó una importante serie de artículos sobre diversos filósofos.

Entre la sociología, la filosofía y el derecho se tiene que hablar de Lluís Recasens i Siches (nacido en Guatemala en 1903 y formado en Barcelona), cuyos libros y docencia en la Universidad Nacional Autónoma de México han contribuido enormemente a forjar la moderna escuela jurídica mexicana. Poco antes de morir en la Ciudad de México, en 1975, fue declarado Maestro Emérito de la Escuela Nacional de Economía.

Tanto en revistas de letras como en ciertos diarios, antes de retornar a Cataluña en 1948, había muy a menudo artículos de Lluís Ferran de Pol (Arenys de Mar, 1911), que hizo incluso tres novelas de tema mexicano desafortunadamente no muy conocidas en México (de cuya añoranza nunca se desprendió): *Abans de l'alba* (1954), *La ciutat i el tròpic* (1956) y *Èrem quatre* (1960).

El caso de Pere Calders (Barcelona, 1912) es más triste todavía, porque sus maravillosos cuentos de tema muy mexicano –verdaderas obras de arte– casi no se conocen, entre otras cosas, porque no se tradujeron bien al español hasta 2004. Calders sobrevivió en México como fotógrafo y diseñador, hasta que regresó a Barcelona, relativamente pronto, en 1963. Como se sabe, murió ahí en 1994, pero de vez en cuando no pudo resistir la tentación de escribir sobre México.

Por lo que hace al mundo del teatro, Maruxa Vilalta (Barcelona, 1932) resulta realmente imprescindible. Además trabajó como periodista cultural, pero como directora de escena y principalmente como autora, no hay duda de que se trata de una de las primeras figuras de los escenarios mexicanos. Murió en 2014.

Antropólogos e historiadores

La moderna antropología mexicana, que ha alcanzado mucha fama, tanto la física como la cultural, ha contado con la colaboración de dos notables baleares. Joan Comas, nacido en 1890 en Menorca, y Ángel Palerm i Vich, en 1917, en Eivissa. Ambos llegaron a México en 1939 y murieron aquí. Comas en 1979 y Palerm en 1980. No me atrevo a decir nada con detalle de estos hombres aparte de que crearon sendas escuelas con sus correspondientes seguidores y constituyen verdaderos hitos de la historia del conocimiento en México y en toda América Latina.

Dentro del mundo de las letras, dejé la historia para el final. Sólo porque se trata de mi oficio.

Los historiadores más reconocidos, ya desde antes de venir a México, fueron Lluís Nicolau d'Olwer y Pere Bosch i Gimpera. Ambos, hijos de Barcelona. El primero, nacido en 1888, ya era un notable político y un hombre de letras bastante conocido cuando estalló la guerra. En México Nicolau no se preocupó mucho por hacer artículos, pero con lo que hizo bastó y sobró. Su libro sobre fray Bernardino de Sahagún (1952), el gran autor del siglo XVI de la *Historia de las cosas de la Nueva España*, es un verdadero logro, y lo es también su colaboración de 1958 en la parte económica de la monumental *Historia Moderna de México*, que dirigió Daniel Cosío Villegas. Murió en 1961.

Bosch i Gimpera, fallecido en 1974, también en el Distrito Federal, había nacido en 1891. Fue el último rector republicano de la Universidad de Barcelona. Su campo era la arqueología y la prehistoria, y dejó diversas obras muy interesantes sobre el tema. La Universidad Nacional Autónoma de México, donde había trabajado la mayor parte de su vida, le rindió un gran homenaje en 1984 y le erigió un pequeño monumento con su busto, y el Museo Nacional de las Culturas le puso su nombre a la biblioteca.

Mucho más joven, también dedicado a la arqueología, debe recordarse también a Jordi Gussinyer, quien nació en Banyoles en 1932; se retiró ahí a fines de los años setenta y murió en 2018. De muy joven se vino a

México con sus padres, se convirtió en arqueólogo en México e hizo un muy buen trabajo en el sur del país y en los subterráneos de la gran capital.

Josep M. Miquel i Vergés, nacido en 1905 en Arenys de Mar, aparte de algunos artículos diversos en revistas especializadas sobre independentistas mexicanos, una biografía de Joan Prim i Prats (1949), otra de Francisco Javier Mina (1945) –el navarro que fue fusilado en México por luchar contra el absolutismo de los Borbones– y un trabajo monográfico sobre la primera prensa mexicana, publicó también una gran colección de documentos sobre las relaciones diplomáticas de México y España (1956) y dejó para publicar después de su prematura muerte en Coyoacán en 1964 el famoso *Diccionario de Insurgentes* (1969), indispensable en cualquier biblioteca mexicana.

Dedicado también principalmente al siglo XIX, se tiene que señalar la obra de Carles Bosch i Garcia –hijo de Bosch i Gimpera–, que comenzó los estudios en Barcelona, donde nació en 1919, y los acabó en México, en la Universidad Nacional Autónoma de México, institución a la cual sirvió hasta su muerte en 1994. Dos son las obras más importantes: *Historia diplomática de México con Estados Unidos (1820-1848)*, publicado en 1961, y una reflexión capital *México frente al mar* (1979).

Una enorme difusión tuvo la biografía de Benito Juárez, el político mexicano más importante de todos los tiempos. Su autor, Pere Foix i Cases, nacido en La Segarra, en 1893, casi nadie tiene presente que era ca-

talán, y de hueso colorado. También hizo una biografía de Lázaro Cárdenas que ha tenido cierta resonancia. Murió en Barcelona en 1978.

No hace falta decir que, además de las obras mencionadas y de otras de igual vuelo que hizo cada uno, todas las revistas de cultura forman también parte del testimonio de su impronta, igualmente como de las instituciones académicas más importantes: la Universidad Nacional Autónoma de México, El Colegio de México y el Instituto Nacional de Antropología e Historia, entre otras.

La mayor parte de estos personajes destacados terminó residiendo en el Distrito Federal, hoy nombrado Ciudad de México, pero está también el caso de personas como Eladia Faraudo i Puigdollers, precursora del Trabajo Social en la Universidad Autónoma de Nuevo León, en la Ciudad de Monterrey; de Josep M. Murià i Romaní, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Guadalajara, y de Andrés Fàbregas i Roca, en el Instituto de Ciencias y Artes de Chiapas, con sede en la ciudad de Tuxtla Gutiérrez.

Y ya que hablamos de letras, se tienen que decir al menos cuatro palabras de los editores. Ésta es una de las actividades en las cuales, de una manera u otra, se sintió más la presencia catalana, tanto si se trata de hablar de editoriales como Grijalbo, Costa Amic, Libro-Mex, Pax-Mex, Era, Trillas, etcétera, como del dinamismo del que disfrutaron todas las demás gracias a catalanes que se incorporaron a ellas: Fondo de Cultura Económica, Siglo XXI, la misma Universidad Nacional Autónoma

de México, El Colegio de México y muchas otras; quizás habrían sido otra cosa o quizás sencillamente no hubieran prosperado.

Ligados en más de un sentido al mundo bibliográfico, se requiere dejar constancia del gran impulso que dieron a la industria tipográfica impresores como Joan B. Climent y los Guillem Gally, padre e hijo.

Sin los unos ni los otros, la importancia de la industria editorial mexicana, que fue la primera en el mundo de habla española durante muchos años, seguramente habría sido mucho menor.

Artistas

La ventaja de los cultivadores de las bellas artes fue que no tuvieron que cambiar el lenguaje ni tampoco pensar en interesarse en otros temas, con tal de participar, como sí se vieron obligados a hacerlo antropólogos e historiadores.

Sin que se tuviera que hablar mucho de ello, quizás el músico más benefactor de la cultura mexicana fue Baltasar Samper, nacido en las Baleares en 1888 y residente en Barcelona desde antes de cumplir veinte años. Además de componer en México, continuó haciendo la misma labor que ya había hecho en Cataluña de recuperar música popular en peligro de desaparecer. Aunque es muy grande la cantidad de música popular que se conserva en México, una buena parte le debe la vida a las investigaciones de Samper.

Otro compositor, que también fue profesor en diversos lugares de México, fue Narcís Costa i Horts, nacido en 1907 en Girona y que falleció en 1990 en su ciudad natal, donde residió desde 1972. Y un intérprete muy recordado, aunque desafortunadamente residió desde 1967 en Estados Unidos, es Lluís Garcia Renart, que fue durante un tiempo discípulo muy cercano de Pau Casals. La primera época formativa de Garcia Renart pasó en México, desde su arribo en 1941, cuando tenía apenas cinco años. Acabó residiendo en Nueva York, donde falleció en 2020.

En el mundo de la pintura y de la escultura, tal como pasó en el siglo XIX, resulta especialmente rica la presencia catalana, aunque se habla muy poco de ella como tal. Quizá la gente no tiene conciencia de que artistas de renombre son precisamente catalanes.

Como se ha hecho hasta ahora, sólo nos referiremos a unos cuantos. Hija de Anglès en 1913, Remedios Varo fue una de las figuras más importantes del surrealismo en México. Aquí murió en 1963.

Benet Messeguer, nacido en Mora d'Ebre, en 1927, llegó a México cuando tenía doce años e hizo aquí todos los estudios. Resultado de exposiciones en muchos países de América y Europa, su obra es conocida por todas partes y se encuentra en muy diversos museos. También fundó y dirigió una escuela de pintura en un pueblo que se llama Tula, antigua sede principal de la importantísima cultura tolteca, en atención a la gran

admiración que le tenía Messeguer. Murió en México en 1982, después de haber recibido varios premios.

Francesc Camps Ribera, barcelonés de 1895, hizo un gran trabajo en México a favor de la restauración de pintura y cerámica, y haciendo obra surrealista y “abstraccionista”. Fue un profesor muy importante en el Instituto Nacional de Bellas Artes durante mucho tiempo, pero también estudió la arqueología mexicana y el arte colonial y el del siglo XIX. Igualmente aprovechó para impartir diversos cursos sobre arte catalán contemporáneo. Cuando cumplió noventa años, ya hacía diez que vivía en Barcelona, donde murió en 1991; la comunidad artística de México le rindió un gran homenaje.

Un caricaturista de imprescindible mención fue Ernest Guasp, hijo de Valencia (1901) y formado en Barcelona. En 1947 ganó el premio nacional de caricatura y en 1958 el de la Asociación Mexicana de Periodistas. Murió en México en 1983, después de haber trabajado especialmente en el diario *Novedades* y en el noticiero cinematográfico *EMA*.

Como ilustrador de libros hay uno que llegó a tener gran fama y recibió muchos premios: Josep Narro, de 1902, quien acabó viviendo en Guadalajara y colaboró con el *Butlletí* que aquí se hacía. También hay un par de pintores barcelonenses, ambos de apellido Giménez, que hicieron igualmente un trabajo excelente: Josep M. Giménez Botey (1911) y Joan Giménez i Giménez (1912). Su obra se ha extendido por todos lados. De ambos El Colegio de Jalisco hizo sendos libros. El primero murió

en Barcelona en 1974 y el segundo en el Valle de México en 2003.

No se pueden dejar las artes plásticas sin mencionar al menos a Marta Palau, nacida en Albesa en 1934 y formada en el Instituto Nacional de Bellas Artes de México, en California y en Barcelona. Se dedicó a la pintura, pero más a los tapices y la cerámica, y hasta a la enseñanza de ellas. Su Homenaje a Lázaro Cárdenas es muy importante, como también su obra titulada “Sellos de la España sellada”, que es eso a lo que le llaman *collage*. Desde un punto de vista técnico, lo más importante es la utilización de fibras vegetales originarias de tierras mexicanas, lo cual ha tenido bastantes seguidores. Ha residido mucho tiempo en Tijuana y dejado en ella fuertes raíces.

Se tiene que hacer mención también, por su gran presencia, de la Galería Pecanins, fundada en 1964, misma que atrajo prácticamente a toda la familia: tres hermanas y su mamá. Una de ellas, con el nombre de Betsy, destacó cantando *blues*.

Teatro y cine

De la relación de las actividades artísticas con el cine y la televisión, se tiene que recordar, además del mencionado Tísner, a su hermano Arcadi Artís (Barcelona, 1914, y México, 1993).

Como es natural, también hubo varias actrices y actores tanto de teatro como de cine que supieron mo-

dificar su pronunciación y su léxico. Hay más de los que pensamos de primera intención.

Haciendo con frecuencia el papel de “villana”, pero siempre muy guapa, Emilia Guiu (1920) apareció en 55 películas, con muy buenos directores algunas de ellas. Se reveló como actriz precisamente interpretando teatro en catalán en el Orfeó. Abandonó el cine en 1958 para casarse con un rico petrolero de Texas. Murió en 2004 en San Diego, California.

Otra actriz notable fue Pilar Sen, quien nació en Colombia en 1918 y se crió en Barcelona. Comenzó como actriz radiofónica, pero después hizo diversas películas, entre las cuales hay algunas de muy buena calidad. Después, cobró mayor fama haciendo papeles de mujer madura en varias telenovelas. También hizo teatro catalán. Murió en México en 1973.

En la radio debe recordarse a María Dolors Bargalló, que durante muchos años, además de trabajar como mecanógrafa, hizo un programa semanal que se llamaba *La hora catalana*, dedicado a la difusión de su cultura y a las actividades principales de los catalanes residentes en México. La periodista Bargalló mantuvo siempre el secreto del año en que nació, pero no pudo ocultar el de su muerte en el Distrito Federal: 1980.

Más de cuarenta películas, aparte de diversas obras de teatro, estelarizó Rafael Banquells i Garafulla, nacido en La Habana en 1917 y criado en Barcelona, donde comenzó a trabajar como actor. En México fue cofundador del Sindicato de Artistas Independientes y en 1986

recibió la medalla Eduardo Arozamena de la Asociación Nacional de Actores, por sus cincuenta años como actor. Esto pasó cuatro años antes de morir en el Distrito Federal.

Entre el cine y la televisión, Albert Pedret, hijo del Priorato en 1926, desarrolló una intensa y brillante actividad. Lo más notable fue la interpretación que hizo del presidente de México Álvaro Obregón, por la cual recibió un premio especial. También tuvo una gran presencia en el mundo de los doblajes para la televisión.

Si lo aceptáramos como catalán, el actor más notable sería Ángel Garassa Bargés. No nació en Cataluña, de donde era su madre, sino en Madrid en 1905, pero vivió en Barcelona bastantes años antes de exiliarse en México, donde incluso hizo teatro en catalán. Es uno de los mejores cómicos que ha habido, especialmente cuando la hacía de cura. Salió en varias películas con el famoso Cantinflas, y hay alguna de las últimas de éste que, aseguran, se sostenía gracias a él. Murió en 1976 en la Ciudad de México.

También como director de cine encontramos a algún catalán. Quizá el más importante fue el barcelonés Jaime Salvador i Valls, nacido en 1906 y muerto en México en 1974, después de residir aquí desde 1941. Salvador colaboró en unas treinta y cinco películas y dirigió ochenta y cuatro, algunas de ellas con el mismo Cantinflas. Vale decir que por su cuenta y también por indicaciones del gran cómico procuró darle bastante trabajo a catalanes, cuando hacía cada película.

Finalmente, nadie podrá hablar nunca del cine hecho en México durante el siglo XX sin hacer referencia a Emilio García Riera, nacido en Ibiza en 1931. Aparte de infinidad de artículos en los periódicos, legó un enorme catálogo del cine mexicano que tiene solamente diecinueve volúmenes: se titula *Historia documental del cine mexicano*. Trabajó y vivió los últimos años de su vida en la Universidad de Guadalajara, y en esta ciudad murió en 2002.

Magisterio

Desde hace no mucho tiempo nos hemos dado cuenta de que el ámbito en el cual los catalanes dejaron una huella intelectual más importante fue en la enseñanza. Hemos hablado hasta aquí de primeras figuras, Comas, Bosch i Gimpera, Palerm, que hicieron un magnífico trabajo en los niveles de estudio más elevados y por lo que hace a la investigación, pero muchos maestros de primaria y de bachillerato se fueron moviendo por diversas instituciones y ciudades del país, proyectando aquella espléndida pedagogía catalana que había hecho de su país un verdadero líder en este terreno, antes de la guerra.

El tema merece un trato muy especial, que no soy yo quien lo sabrá hacer, pero no puedo acabar este texto sin rendir un homenaje muy sentido a los centenares de maestros catalanes que se confundieron con el magisterio mexicano y dejaron en miles de alumnos un

sustrato de humanidad, respeto por los demás y gran voluntad de hacer las cosas bien.

Pienso, nomás como un ejemplo, en Miquel y María Luisa Bargalló –tío y sobrina–, nacido uno en Sant Sadurní d'Anoia en 1892 y la otra en Barcelona en 1921. Ambos contribuyeron de manera determinante al buen desarrollo y renombre de lo que primero fue una escuela de enseñanza técnica y con el tiempo se convirtió en la famosa preparatoria Lázaro Cárdenas de Tijuana, en la frontera con Estados Unidos. Podríamos llamarle la trinchera más cruel que hay entre el mundo latino y el sajón. Como lo dijo un poeta apasionado: “un lugar donde la lucha en favor de la idiosincrasia mexicana y de nuestra identidad se hace a pecho descubierto y a bayoneta calada”.

La mencionada institución todavía se encuentra ahora donde fue creada en 1939: en lo que fue el famoso Casino de Aguacaliente, que fue expropiado tres años antes por el gobierno mexicano.

Además de Bargalló, quien trabajó ahí hasta su muerte en 1975, y de su sobrina ahora jubilada, ahí estuvo también hasta su muerte en 1966 otro profesor catalán. Se trata de Alfons Vidal i Planas, hijo de Santa Coloma de Farners, en 1891. Era un notable periodista y novelista que había estudiado en Estados Unidos, ejercido la profesión en Madrid y venido a México también como exiliado en 1939.

Hablando de Tijuana, también se tiene que señalar que fue el destino final de dos distinguidos escritores

barcelonenses que acabaron muriendo allí: Abelard Tona i Nadalmal (1901-1981) y Francesc Requena i Mas (1906-1994), pero a causa de su edad la huella que dejaron en la ciudad fue prácticamente imperceptible. El primero se concentró en temas catalanes, pero el segundo hizo un valioso estudio sobre la Tarahumara.

Unos tres mil kilómetros al sur de Tijuana, en Córdoba, Veracruz, estuvo el Colegio Cervantes de los hermanos Josep, Antoni y Lluïsa Bargés Barba, originarios de Girona, además de Carme Mestres, hija de Tarragona, de 1907, y esposa de Josep. El recuerdo de todos ellos todavía es motivo de especial veneración en aquella ciudad. Lamentablemente, el colegio cambió de manos en 1987 y también de concepción pedagógica.

Hubo otro colegio del mismo nombre en la joven ciudad de Torreón, localizada justo antes de que empiece el desierto del norte. Ahí se establecieron los profesores Antoni Vigatà, nacido en Torregrossa en 1900, Pau Farrús –ilerdense también, pero de Camarasa, en 1911 y muerto en Torreón en 1969–, y Teresa Vilasetrú, quien regresó pronto a la capital. La ciudad no tenía todavía cuarenta años de vida entonces, pero ha crecido y la escuela todavía está muy bien establecida y dirigida por los dos nietos de Vigatà, desde que éste falleció en 1982. Aún se conserva bastante el espíritu inicial y el buen recuerdo de los fundadores es permanente.

Se tiene que decir, igualmente, alguna cosa del Cervantes de Tampico, que duró menos tiempo pero también hizo un buen trabajo. Lo gobernaba primero

el profesor tarraconense Agustí Miret i Comas, quien contaba con su esposa, una profesora canaria, criada y formada en Barcelona, de nombre Rafaela Chacopino. Cuando Miret murió en 1959, fue sucedido por Esteva Garriga Pla, hasta que la escuela cerró a mediados de los años setenta.

De vida todavía más corta hubo colegios de este tipo en Mérida, en el Puerto de Veracruz y en otras locaciones. La mayoría de los profesores, sin embargo, igual que ocurrió con el conjunto de exiliados, se quedó en la Ciudad de México. Primero se concentraron en tres escuelas de “refugiados” republicanos, pero poco a poco se fueron incorporando a otras instituciones completamente mexicanas, principalmente del ámbito oficial, aunque también hubo quienes se sumaron al privado.

De la gran mayoría que no se movió del Distrito Federal, sólo como ejemplos distinguidos menciono a Mercè Gili de Pereña, en una escuela de paga pero laica, y cuatro mucho más comprometidos con la enseñanza pública: Marcel Santaló (1905-1994), matemáticas; Estrella Cortichs (1902-1985), literatura; Pilar Santiago de Trueta (1914-1998), historia, y Josefina Oliva de Coll (1912-2007), historia y geografía. Todos son merecedores de un homenaje.

Lo que es de lamentar, y mucho, es que no se haya hecho nunca una escuela catalana, porque material humano para ello hubo más que suficiente.

Pero la mayoría de los catalanes que se refugiaron en México no fueron hombres y mujeres dedicados a eso

a lo que se llama *cultura*. Hubo también médicos muy preparados –como Rafael Trueta i Raspall (Barcelona, 1902-Cuernavaca, 1958)–, químicos –como Modest Bargalló (Sabadell, 1894-México, 1991)–, arquitectos –como Antoni Peyrí, que dejó una importantísima estela de discípulos al regresar a Cataluña–, abogados –como Enric Daltabuit i Pelayo (Barcelona, 1912-México, 1963),– comerciantes, operarios, mecánicos de muchos otros oficios e incluso sacerdotes.

En su conjunto, ganaron un gran prestigio, aunque no siempre bien identificados como catalanes, y contribuyeron de manera muy importante al intenso desarrollo mexicano de la época.

Raro es el caso del catalán que, maestro o no, haya dejado un mal recuerdo. No pasa lo mismo con todos los extranjeros. Puedo decir muy desapasionadamente que, en términos generales, la imagen que se tiene de los catalanes es muy favorable. Por algo será... Cabe finalizar que, a pesar de haber hecho una búsqueda especial, no se pudo encontrar ningún delincuente del orden común.

Epílogo

EN LOS ÚLTIMOS AÑOS DEL SIGLO XX y, más aun, en los primeros del XXI la afluencia de catalanes hacia México ha sido de naturaleza muy diferente. Por fortuna, no tiene el aire de tristeza que envolvía a quienes vinieron a quitarse el hambre, de tragedia de los miles de refugiados políticos y de miedo de quienes escapaban de la opresión y las garras del franquismo.

Con el paso del tiempo se trató cada vez más de estudiantes que venían a aprender, maestros que venían a enseñar, intelectuales y artistas en busca de nuevas ideas y experiencias, empresarios que habrían de invertir, y una buena cantidad de altos empleados en los negocios que se establecieron aquí.

También cabe señalar la importación en calidad de cónyuges con todo y sus ideas y manera de ser, que traen de regreso no pocos estudiantes mexicanos que concurren a estudiar posgrados en prestigeadas instituciones de Cataluña.

Hubo también otro cambio fundamental: la mayoría de los que ahora vendrían contaron con la certeza de que su traslado no sería largo o de que era improbable que lo fuera... Asimismo, influiría mucho en su estado de ánimo el hecho de que, además de la fácil comunicación electrónica, que hoy resulta relativamente sencilla y barata, ahora residir en México no implica la obligación de romper con su origen. Todo lo contrario: lo mexicano forma parte del caudal de experiencias que los catalanes llevan consigo en sus frecuentes visitas a familiares y amigos en el solar nativo.

La posibilidad de tomar un avión cualquier día en el aeropuerto Benito Juárez de la Ciudad de México y aterrizar tan sólo diez horas después en el Prat del Llobregat, junto a Barcelona, genera una sensación de cercanía que era imposible imaginar siquiera cuando prevalecía la angustia del alejamiento padecida por los migrantes de una muy buena parte del siglo pasado.

La “irrenunciable” presencia catalana tiene ahora, pues, una riqueza diferente y una vitalidad mucho mayor que la del inmigrado de antaño.

Los estudios que se hagan en el futuro de este conglomerado habrán de tener, pues, perspectivas diferentes acordes con las nuevas y mucho mejores circunstancias.

Agréguesele el hecho de que desde 2018 se haya establecido en México una representación oficial del Gobierno Autónomo de Cataluña, precisamente para fomentar y coadyuvar las relaciones entre ambos países.

Es el deseo de muchos mexicanos y, sobre todo, de la mayoría de los catalanes que viven en este país nuestro que pronto se convierta en una verdadera sede diplomática y fomento aun más las relaciones entre dos pueblos que han sabido “avanzar y quererse dándose las manos”.

Zapopan, Jalisco, el día 11 de septiembre de 2021

Apéndice I

Pau Casals y México: remembranza de una gratitud

EL CATALÁN PAU CASALS I DEFILLÓ, nacido en 1876, uno de los más notables violoncelistas habidos jamás, tuvo una especial estima por México, país al que visitó mucho más que a cualquier otro de América Latina: ocho veces en total, al menos hasta donde se ha podido confirmar.

Incluso, durante los últimos cuatro años de su muy larga vida dio muestras de haberse *aquerenciado* de manera especial en Guadalajara, ciudad que visitaría cuatro veces durante ese lapso, y si no lo hizo más, fue simple y sencillamente porque la muerte se lo impidió. El 2 de mayo de 1973, cuando salió rumbo a Puerto Rico, donde tenía residencia permanente desde fines de 1955, prometió que regresaría. Incluso, el 7 de octubre del mismo año corrió la noticia de que, antes de tres semanas, vendría para asistir a un concierto de su amigo Eugene Istomin en el Teatro Degollado. Ilusión vana: el día 22

la noticia de su muerte corrió por todo Guadalajara y el resto del mundo...

Ya el 9 de noviembre el ayuntamiento decidió por unanimidad poner su nombre en una arteria de Guadalajara. Se trata de una avenida muy ancha que, gracias a la pésima planeación de la ciudad, no tiene mucho tráfico, pues, como bien se dice: va de ningún lado a ningún lado...

Un mes después, una guardería infantil del vecino municipio de Zapopan también llevaría su nombre. En la Ciudad de México, mientras tanto, se hizo lo propio con una escuela secundaria de nueva creación.

En aquel tiempo el presidente de México era Luis Echeverría Álvarez, el mismo que dos años después hablaría ante la Asamblea General de la Organización de las Naciones Unidas para pedir la expulsión de España de dicha organización, en virtud de que su tiranía se había recrudecido con la agonía de su dictador.

Esta serie de cuatro viajes a Guadalajara comenzó en marzo de 1970, para celebrar, con un retraso de un mes respecto del plan original, por causa de la salud del Maestro, el décimo aniversario del estreno mundial en Acapulco de su famosa composición llamada *El pesebre*.

El viernes 13 de marzo, a media tarde, llegó al aeropuerto de Las Ánimas, en el vecino municipio de Tlajomulco, acompañado de su esposa, la puertorriqueña Marta Montañés, y de algunas personas más. Fue recibido por autoridades, periodistas y músicos.

El concierto se llevó a cabo el lunes 16 y fue retransmitido por radio “a todo el mundo”, mientras que por televisión sería después visto en quién sabe cuántos países... Además, Casals aprovechó para difundir un gran mensaje a favor de la paz. *El Informador*, periódico infaltable entonces en los hogares de Guadalajara, comenzaba así su reportaje:

Todo un éxito fue la presentación de Casals en el Teatro Degollado, donde fue ovacionado por los asistentes, entre quienes estuvieron distinguidas personalidades, no sólo locales, sino también de la capital. El Maestro sólo pudo dirigir casi la totalidad de la segunda parte, mientras el resto correspondió al maestro [Enric] Gimeno.

Días después se le rindieron diversos homenajes. Uno de ellos consistió en declararlo Huésped Distinguido de la ciudad, pero el Maestro pidió que mejor se le declarara Hijo Adoptivo; inmediatamente el cabildo acordó, sin objeción alguna, declararlo Hijo Distinguido. También se le puso su nombre a un jardín de niños de un barrio pobre. Después de descansar durante una semana, el día 27 de marzo partió rumbo a Nueva York.

Casals quedó encantado, entre otras cosas, con su visita al Hospicio Cabañas, al cual le hizo después un donativo de tres mil dólares destinados a la enseñanza musical de niños y niñas.

Poco después se firmó el convenio para celebrar, en junio de 1971, cuatro conciertos del Festival Casals, que se realizaba entonces en Puerto Rico. Se dijo que vendrían los mejores cantantes y los mejores músicos de cada especialidad, y que el mismo Casals dirigiría tres de ellos.

De esta manera, a mediodía del 14 de junio de 1971, poco después de un año de haberse ido, Pau Casals volvía a Guadalajara al frente de unos ciento cincuenta músicos. Ahora el propio gobernador, Alberto Orozco Romero, quien llevaba apenas un trimestre en el cargo, los recibió personalmente en el aeropuerto acompañado de un espléndido mariachi.

La salud del Maestro debía antojarse mejor que durante la visita anterior, ya que su actividad fue mucho más intensa. Al día siguiente de su arribo visitó temprano al presidente municipal de Guadalajara, Guillermo Cosío Vidaurri; a las 9:30 dirigió un ensayo general; en la tarde visitó la Casa de las Artesanías, y a las nueve de la noche empezó el concierto. Al día siguiente se fue con toda la comitiva a visitar el lago de Chapala y a las ocho de la noche asistió a una función en su honor del grupo de baile folclórico de la Universidad de Guadalajara, en el mismo Teatro Degollado. Pero antes, el cabildo en pleno lo visitó en su hotel para entregarle solemnemente la llave de la ciudad. Era la segunda que recibía de la misma cerradura...

Es evidente que se pasó de la raya y el jueves en la noche, durante la interpretación de *El pesebre*, tuvo que

dejarle la batuta antes de lo programado a Alejandro Schneider; fue retirado del teatro discretamente, pero a toda velocidad, mientras los aplausos del público parecía que no terminarían nunca. La consecuencia fue que se aplazaron las actividades programadas. Hasta el martes siguiente, por ejemplo, no fue investido como doctor *honoris causa* por la Universidad de Guadalajara. Finalmente, la mañana del jueves 24 de junio salió hacia Nueva York.

En poco después de un año volvería a venir. Ahora, para regalar un concierto a beneficio del Hospicio Cabañas. Llegó el 21 de octubre y el dicho concierto, en el que estuvo acompañado de Schneider y de Istomin, se llevó a cabo el 31. Esta tercera visita a Guadalajara fue mucho más breve, a pesar de que se fundó, de acuerdo con antiguas ilusiones del Maestro, la Sociedad Obrera de Conciertos Pau Casals, desgraciadamente efímera.

Posteriormente, el 15 de abril de 1973 hizo su cuarto viaje, pero éste de carácter totalmente privado, para pasar un tiempo en una casa que supuestamente le habían regalado: resulta que, después del segundo viaje, se había convocado a un concurso para hacerle una vivienda inspirada en *El pesebre* en un terreno de dos mil metros cuadrados en el entonces novel fraccionamiento de Bosques de San Isidro, en Zapopan. La estrenó en el viaje de 1973 y estuvo en ella solamente un poco más de dos semanas.

Se dice que un par de años antes Casals y Picasso se habían encontrado en la Costa Azul, y que el primero le

dijo que la Muerte se había olvidado de ellos... Picasso entonces le contestó nervioso diciéndole: “¡Cállese, que puede oírnos...!”.

El temor de Picasso era justificado: la Muerte los oyó. El deceso de ambos se produjo en 1973. Entre uno y otro nos dejó también otro Pablo admirable, Neruda, pero en el entendido de que el caso de éste era un tanto fraudulento, porque su nombre original era Nefthalí Reyes...

El 18 de diciembre de 1960 todos los diarios del país tenían más o menos el mismo titular que éste, copiado del periódico *Excélsior*, uno de los más leídos de entonces:

Casals rindió anoche, con el estreno de *El pesebre*, el más bello homenaje a México.

Al aire libre, en el patio de armas del fuerte construido en el siglo XVIII para defender Acapulco de los piratas –y que a la hora de la verdad no sirvió para nada–, frente a tres mil espectadores que veían detrás de la orquesta, iluminada por una gran luna, la gran bahía y el comienzo del océano más grande de todos, se estrenó la obra que el Maestro convirtió en su mayor reclamo de paz, de manera lamentable, en este sentido, con la misma eficacia que las fortificaciones, pero también de una belleza artística indiscutible.

¿Por qué Acapulco? Claramente lo dejó establecido. Fue otra manera de decir “Gracias, México, por todo lo que hiciste a favor de mi gente”. El estreno mundial de *El pesebre* en Acapulco constituía un fuerte abrazo de su autor a todos los hijos de esta tierra.

Esta actitud ahora hay quien prefiere no recordarla. Desafortunadamente, crece la tendencia entre ciertos grupos españoles a disimular la acogida que México les brindó a sus paisanos republicanos y la solidaridad de que les dio pruebas al resultar el triunfo de los golpistas fascistas que provocaron su Guerra Civil.

Es evidente que no solamente a México llegaron republicanos exiliados, pero nomás en Francia el número fue mayor, aunque también puede decirse que el trato recibido resultó muy diferente. En vez de recluirlos en campos de concentración, al pisar tierra mexicana sólo se les entregaba un papelito con un número escrito a lápiz, a efecto de que, “cuando les fuera posible”, procedieran a arreglar su situación migratoria. También se les decía que “de Sonora a Yucatán” podían ir y hacer a su antojo.

Debe recordarse que no fue ocasional la solidaridad mexicana con el gobierno de la República Española, legítima y legalmente constituido; armas mexicanas fueron enviadas a su ejército, voluntarios mexicanos murieron en sus campos de batalla, el respaldo de los intelectuales fue prácticamente unánime y el trabajo de la diplomacia mexicana fue claro, decidido y eficiente. ¿Cuántos españoles salvaron su vida gracias a la decla-

ración de que todos ellos quedaban bajo la protección de la bandera mexicana, misma que fue aceptada por el Mariscal Petain? Puede hablarse de unos ciento cincuenta mil.

Lo hecho por México impresionó sobremanera a Casals y éste quiso que todo el mundo lo supiera. Casi cinco años antes del estreno de *El pesebre*, cuando apenas había trasladado su residencia de Prades de Conflent, en el sur de Francia, a la isla de Puerto Rico, solar nativo de su madre y de su joven esposa, suponemos porque en buena medida veía que la dictadura franquista duraría mucho, el primer país que quiso visitar fue precisamente México.

En ese tiempo dominaba la creencia de que no era prudente que un hombre como él subiera hasta los dos mil doscientos cincuenta metros sobre el nivel del mar donde se halla la Ciudad de México. Por ello prefirió quedarse en el puerto de Veracruz, por donde había ingresado al país la mayor parte de aquel enorme contingente de refugiados. Con toda claridad dijo entonces que el motivo de su visita era precisamente reconocer y mostrar su agradecimiento a la solidaridad mexicana de otrora.

Faltaban quince minutos para las tres de la tarde del día 24 de enero de 1956 cuando la avioneta que había tomado en La Habana aterrizó en el pequeño aeropuerto de Las Bajadas, en Veracruz, y fue objeto de una multitudinaria recepción, mayoritariamente de catalanes procedentes de la Ciudad de México. También estu-

vieron presentes, como es natural, las autoridades de la ciudad y del puerto, el representante del gobernador y el del presidente de la república, así como una buena cantidad de otras personalidades.

Lo primero que dijo, antes de bajar del avión, es que estaba muy agradecido de que la vida le hubiera permitido regresar a México, “un país que tanto quiero y admiro”. Después, descendió por la escalerilla y, rodeado por centenares de personas, pasó bajo un arco de flores que le daba la bienvenida.

Una vez instalado Casals en la casa del doctor Vicente F. Melo, exrector de la Universidad Veracruzana, donde permaneció alojado toda la semana, lo primero que hizo fue enviar un saludo telegráfico al presidente de la república y un mensaje al general Lázaro Cárdenas. Esto fue lo que dijo:

Al pisar su noble tierra mexicana uno de mis primeros pensamientos es para el gobernante digno que en la hora de la desgracia de mis compatriotas encarnó excepcionales virtudes de generosidad y justicia de la gran nación mexicana.

El Maestro pasó el tiempo reuniéndose con diferentes grupos, pero el gran día fue el 28 de enero, cuando el H. Ayuntamiento de Veracruz lo declaró huésped de honor y la universidad estatal doctor *Honoris Causa*.

Por cierto, el discurso en la sede del gobierno municipal que hizo Miguel Álvarez Acosta, director entonces

del Instituto Nacional de Bellas Artes y representante del presidente Adolfo Ruiz Cortines, fue una apología tal de Casals y de Cataluña, que posteriormente fue un texto recordado en forma recurrente por todos los catalanes que residían en México.

La respuesta de Casals fue invocar a quien él denominaba el “Santo de la Música”, Johann Sebastian Bach, tocando en el violoncelo su tercera Suite. Al finalizar, los aplausos no cesaron hasta que el Maestro levantó el arco; la gente calló y él procedió a tocar lo que consideró siempre una especie de himno de su exilio: *El cant dels ocells* (“Canto de los pájaros”), una vieja tonada popular catalana que Casals arregló y sublimó con su genio.

En la noche se ofreció en honor del Maestro un concierto de la Orquesta Sinfónica de Xalapa en el inmenso cine Variedades, pero Casals no se quedó quieto en su asiento: entre la primera y la segunda parte subió al escenario con su instrumento y repitió lo hecho en la mañana, que habían oído solamente los asistentes al acto y unos cuantos centenares de personas reunidas en la plaza. En la noche, en cambio, veintitrés estaciones de radio encadenadas hicieron llegar lo ahí sucedido a unas diez millones de personas, aparte de los más de tres mil asistentes agolpados en el lugar.

Se dice, y no parece haberse desmentido, que fue la primera vez que Casals tocó arriba de un escenario desde que decidió suspender cualquier concierto una década atrás en protesta por la permanencia del general Franco en el poder ante la pasividad de los gobiernos

que supuestamente defendían la democracia... Lo que había hecho hasta entonces era solamente tocar anualmente ante el altar de la parroquia de Prades. El templo se llenaba de gente a sus espaldas y no estaba permitido aplaudir.

Vale la pena recordar que, en junio de 1955, el periodista mexicano Armando Ayala Blanco, después de acudir a Prades por cuenta de la revista *Visión*, publicó en ella un espléndido reportaje cuyo título pasaría a ligarse de manera indisoluble con el gran músico: “Un hombre solitario contra Franco”.

Si se recuerdan las fotografías más famosas de Casals e incluso el emblema de la fundación que lleva su nombre, con sede en su población natal, siempre se lo ve solo y provocando una tierna sensación de fragilidad. Así ocurre con las conocidas de la ocasión en que tocó en la Organización de las Naciones Unidas o en la Casa Blanca, o en aquéllas en que se paseaba en las tardes por la boricua playa de Isla Verde.

Conviene evocar la definición que hizo de él Ayala Blanco: “Casals es ante todo un catalán. Hay que considerarlo así para poder comprenderlo, y nada agrada más a Casals que se le reconozca como tal”.

En efecto, así empezó su famoso discurso ante la Asamblea General de las Naciones Unidas en octubre de 1971: “I am a catalán”.

Su aparición en el escenario jarocho fue, según su propio decir, su modo de reiterar su gratitud a México por todo lo que había hecho.

Aquella noche, muy cerquita de Casals entre el público se hallaba otro distinguidísimo exiliado: el famoso escritor venezolano Rómulo Gallegos, expresidente de su país, otra clara representación del culto que en México hubo hasta el año 2000 por el derecho al asilo político.

Como lo dejó implícito al descender del avión, no era la primera vez que el gran músico venía a México. Su primer viaje lo había hecho en 1919, gracias a las gestiones del maestro Josep Rocabrana, un violinista compañero de Casals en el Conservatorio de Barcelona que se había establecido en nuestra capital en 1902 y desarrolló en ella una brillante carrera. De hecho, en 1956, dado que Rocabrana estaba muy enfermo, se hicieron gestiones para llevarlo en ambulancia a Veracruz a fin de que viera a su amigo, pero los médicos sentenciaron que no llegaría vivo.

Sabemos poco de esta primera estancia. El 19 de enero, a partir de las cuatro de la tarde, tocó en el Teatro Abreu, que era el mejorcito de entonces, acompañado por la Sinfónica Nacional. Era una temporada que estaba anunciada “de grandes conciertos y celebridades mundiales”. Debió permanecer bastante tiempo en la capital del país, dado que ofreció varios conciertos. Dicen que fue entonces cuando se acostumbró a tocar con los ojos cerrados, debido a la angustia que le producía ver el teatro medio vacío.

En cambio, en diversas ocasiones insistió en que pocas veces se había topado con un público tan receptivo y

que se compenetrara más con su música. Tal vez no era una simple fórmula de cortesía. La última vez que estuvo en Guadalajara lo impresionó que una muchachita del servicio se soltara lloriqueando al oírle interpretar *El cant dels ocells* en la terraza de la casa. La jovencita, al ser sorprendida, se justificó diciendo: “es que el señor toca su tololoche muy sabe cómo”. Cuando Casals le pidió que se acercara para abrazarla, ella se dio cuenta de que el hombre también lloraba y con su paliacate le limpió los ojos.

Hay que reconocer que no era una buena época para conciertos el año de 1919, apenas terminando la Revolución y cuando muchos de los *habitués* de este tipo de actividades se hallaban en el extranjero. Comoquiera, el caso es que Casals quedó muy satisfecho, como lo muestra su colaboración con la Unión Filarmónica de México que, además de ayudar a sus miembros, también quería promover la música de calidad entre la gente de escasos recursos. Ya se hizo una alusión a que era ésta también una de las preferencias del ya entonces ilustre músico.

Se ha hablado de un segundo viaje a México en 1924, pero no se ha podido hallar huella alguna de él, y sí, en cambio, se han oído comentarios de que el segundo fue el ya referido a Veracruz, en enero de 1956. Por otro lado, después del escaso éxito de caja de 1919, puede suponerse que pocas ganas debieron quedarle de volver apenas cinco años después. Sin embargo, conviene seguir buscando.

El tercer viaje fue otra vez al estado de Veracruz en enero de 1959, pero esta vez a su capital, Xalapa. La permanente competencia entre esta ciudad y el puerto quedó en este sentido casi empatada, pero el puerto mantuvo una ventaja, porque Casals llegó de Miami en un avión del gobierno de México que aterrizó en Las Bajadas cerca de la medianoche y pernoctó en la misma casa del doctor Melo.

Ya desde mediados del año anterior Casals había anunciado que él mismo presidiría el jurado del II Concurso Internacional de Violoncelo Pau Casals, lo cual convocó a un público amplio. Tanto, que se agotaron todos los lugares en los hoteles y el gerente de Ferrocarriles Nacionales de México dispuso enviar una caravana de coches-cama para alojar ahí a quien no alcanzara lugar.

En Xalapa lo declararon Huésped Distinguido y le dieron más llaves, a lo cual contestó ejecutando *El cant dels ocells*, y se llevaron a cabo diversas actividades musicales, de las cuales él mismo dirigió alguna. También fue Álvarez Acosta el encargado de hacer un discurso oficial que resultó de gran contundencia, tal como el que había hecho en el puerto tres años atrás.

El 2 de febrero, en el mismo avión oficial, el músico viajó hasta Mérida, donde pernoctó antes de seguir a Puerto Rico: tenía el deseo de conocer la zona arqueológica de Chichén Itzá...

Sin ser un experto en la vida de Casals, a quien admiro como músico y venero como catalán excepcional

y resistente antifranquista, me queda claro que su relación con México fue más intensa y emotiva que con cualquier otro país. Primero, Veracruz y después Jalisco fueron sus rincones preferidos, pero él siempre manifestó que tenía la esencia de todo nuestro país bien enraizada en su corazón.

Si él supo ser agradecido con México por todo lo que desde aquí se hizo en otras épocas a favor de su gente, yo, ahora, no puedo menos que manifestar mi gratitud de mexicano por todas las deferencias que tuvo por mi tierra y el conglomerado humano al que, en primera instancia, pertenezco y me debo.

Apéndice II

El *Butlletí* catalán de Guadalajara, quince años de catalanismo gráfico

Al finalizar el año 1960 todo indicaba que mi familia se arraigaría de nueva cuenta en la ciudad de Guadalajara. Por un lado, problemas de salud y otras adversidades les habían sugerido regresar un año antes, después de una larga estadía en la Ciudad de México.

Por otro, hubo una razón de peso que dejó plenamente convencidos a mis padres de que “eso de allá iba para largo”; es decir, que el gobierno de Franco tenía, todavía, mucho tiempo por delante. Hacía entonces veinte años que vivían en la República Mexicana, siempre con la esperanza de que pronto podrían regresar a Cataluña, a pesar de que las circunstancias, objetivamente, pronto habían ido apuntando cada vez más en sentido contrario.

Ahora, sin embargo, los sucesos de finales de 1959 habían dejado las cosas bastante claras. Fueron la visita a Madrid del presidente Eisenhower de Estados Unidos

y aquellas fotos esparcidas por la prensa de todo el mundo, que los exiliados republicanos vieron y volvieron a ver desconsolados no sé cuántas veces: el “*Caudillo* de España por la gracia de Dios” y el general que había guiado la lucha de la democracia estadounidense contra el fascismo se abrazaban y paseaban juntos por Madrid, mientras se anunciaban fuertes inversiones de dólares y la consolidación de bases militares en la Península a efecto de protegerla del comunismo. Todo en su conjunto dejaba más claro que el agua que la situación española no sería efímera, como tantas veces se había oído decir entre los exiliados, y que ahora “la cosa iba para largo”.

Una frase que oí entonces muchas veces y que me impactó, pero al mismo tiempo me tranquilizó, fue: “Nos tenemos que preparar”, decían, “para quedarnos a vivir aquí durante mucho tiempo todavía e, incluso, quizás para no volver a nuestra tierra nunca más”.

Esto resulta fundamental para entender que un hombre como Josep M. Murià i Romaní, que todavía se las tenía que ingeniar para vivir, decidiera emprender el tremendo trabajo de hacer, a veces solo, una publicación catalana en un lugar tan excéntrico del universo de la catalanidad como era el occidente mexicano, y que lo hiciera con tanto entusiasmo y perseverancia como para llegar a publicar 180 números; es decir, uno cada mes, sin fallar nunca, durante quince años exactamente: desde febrero de 1961 hasta enero de 1976.

No hace falta decirlo, pero me gusta recordarlo: hoy, con las computadoras, sería mucho más sencillo de hacer, pero en esa época de linotipos y pocas especialidades en las “fuentes” (es decir, pocos signos disponibles para “picar” el metal) las dificultades técnicas eran a menudo difíciles de superar. Es evidente, además, que los linotipistas no sabían ni una palabra de catalán, aun cuando algunos llegaron a aprender un poco e, incluso, a hacer de vez en cuando alguna corrección por su cuenta, pero en general los textos se tenían que copiar letra por letra y aquellas largas “galeras” solían venir llenas de erratas, a algunas de las cuales era aconsejable no hacerles caso.

Cambiar una sola letra significaba volver a escribir toda la línea, cosa que implicaba el riesgo de otras pifias. No obstante, ahora que miro la publicación esa, sorprende que no hubiera muchos errores más, sobre todo porque cuando mi papá tenía que viajar, me tocaba a mí hacer la tarea de corrector y, si mi catalán ahora resulta muy defectuoso, en esos tiempos lo era mucho, pero mucho más.

Se debe rendir también testimonio de agradecimiento a los trabajadores aquellos, ya que, después de explicarles lo que significaba aquella revistita, no había ninguno que no le pusiera una carga adicional de buena voluntad. Ir en contra “de los gachupines” entre los mexicanos de baja condición económica acostumbraba y acostumbra siempre a despertar simpatías.

Quizá por eso había quienes hacían verdaderos ma-labares para inventarse la manera de hacer un acento grave o una ce *con cedilla* o una ele *geminada*. Siempre oía a mi padre decir que nunca se había encontrado con unos operarios tan duchos. Supongo que eso debía ser un gran aliciente para él.

Tengo que decir que Josep M. Murià, poco después de llegar a México, comenzó a separarse y mantenerse alejado de agrupaciones y trabajos partidistas. Aparen-temente, decía, lo que quedaba de estas organizaciones no tenía conciencia de que la derrota había sido total, y continuaban disputándose entre ellas posiciones mi-núsculas, en lugar de ponerse a trabajar juntas por una verdadera reconstrucción nacional a la cual todos se pudiesen sumar.

Por lo que concernía a él, sólo se adhería o se hacía presente cuando se trataba de esfuerzos aglutinadores nacionales y sin ningún tipo de color partidista.

La defensa de la lengua y de la literatura, así como la difusión de la historia y de la cultura, de la memoria de los catalanes ilustres, es decir, los elementos básicos para fundamentar un renacimiento, eran su motivo primordial de preocupación.

Por eso hacía clases de catalán allá dónde se pudie-ra y fue un profesor *sui generis* de historia de España, porque lo aprovechaba todo para sacar a flote el tema y hablar de la singularidad de Cataluña “y de su derecho a la libertad”.

El *Butlletí* que hizo en Guadalajara le resultó ideal para sentirse útil a la causa de Cataluña o, al menos, para hacerse la ilusión de que servía para algo. Hoy en día tenemos claro que sin el *Butlletí* las cosas habrían resultado igual en su conjunto, pero también que, si hubiera habido muchas más publicaciones como ésta, seguramente todo habría ido mejor.

Era, en síntesis, la manera que encontró un patriota aislado y con pocas ganas de pertenecer a alguna grilla de poner su grano de arena a la reconstrucción del espíritu nacional catalán.

De lo que sí he tenido posteriormente muchas pruebas es de la ilusión con que recibían el dicho *Butlletí* ciertas personas, la mayoría de las cuales eran conscientes de las dificultades y de los peligros que comportaba introducir ejemplares a Cataluña y hacerlos circular. Al menos, pienso yo, ayudaba a quien vivía bajo la dictadura española a no perder la conciencia de que en el mundo exterior había gente bien dispuesta en su favor.

También se tiene que decir que alrededor del mundo adonde iba a parar el *Butlletí* era recibido con gratitud. Todavía no hace mucho tiempo en un país muy lejano alguien me felicitó confundíendome con mi padre, por ese “magnífico trabajo”. Además, las cartas que venían de muchos lugares no dejaban de animarlo a seguir adelante.

Sin ánimo de explayarme hablando de las bondades de una publicación como ésta, que, para mí, está excesivamente cargada de subjetividad, también he de decir

que no dejó de ser una referencia para gente que, con necesidades concretas o no, pasaba por Guadalajara y se acercaba a la dirección que constaba en el *Butlletí*: primero la del Centre Català de Guadalajara, y después de diciembre de 1963, la de la papelería Barcino, en av. Lafayette 106, que era donde mis padres gestaban sus frijoles.

¡Cuántos muchachos, de una manera o de otra, encontraron ayuda ahí!

Ahora bien, si aquella sede era de fácil localización para unos, también lo era para otros.

A finales de 1965, por ejemplo, se dio el caso de que durante unas semanas corriéramos cierto peligro, que fue conjurado con mucha eficiencia y discreción por la Procuraduría de Justicia de Jalisco, pero, a partir de entonces, una cierta prudencia la conservamos durante un montón de años.

Durante las primeras decenas de números el *Butlletí* tendría solamente cuatro páginas, pero con el paso del tiempo, gracias al hecho de que la situación económica de casa mejoró un poco, a menudo tendría ocho y en casos especiales llegó hasta doce, como ocurrió con el número 106, de noviembre de 1969, que hizo la reseña de la celebración en Guadalajara de los Jocs Florals de la Llengua Catalana, del año CXI de su restauración. Incluso se reprodujeron el discurso del presidente del consistorio, el doctor Pere Bosch i Gimpera; la larga lista de galardonados y sus obras, y la descripción del acto.

Ahora bien, el número más grueso fue el número 100, que tuvo dieciséis páginas.

Como es fácil de imaginar, el *Butlletí* siempre estuvo corto de dinero. De hecho, en cada número se tenía que agregar algo, aunque no faltaron nunca unos cuantos anunciantes, y, de vez en cuando, caía algún donativo. El gasto más grande, de todos modos, no era el de la imprenta, sino el envío a los suscriptores y, sobre todo, a los destinatarios de Cataluña, de manera clandestina y por diferentes caminos. Muchas veces pasaban por la montaña. Precisamente en octubre de 1971, según los requerimientos de los que se arriesgaban haciéndolo entrar a Cataluña, se cambió el papel *couché* por el *revolución*, a efecto de hacerlo más ligero, pero en cambio se multiplicó el número de ejemplares que se introducían. De hecho, se puede decir que ya formaba parte de la estrategia de ciertos grupos catalanistas que se habían ido fortaleciendo con el tiempo.

El *Butlletí* nació ligado al Centre Català de Guadalajara, una institución fundada en 1957 que agrupaba a buena parte de los catalanes que residían en la ciudad. Se pretendía dar fe de vida y disponer de un documento dónde leer el catalán. Es por eso que, durante los primeros tiempos, el tema fue mayormente local. Podría decirse que giraba en torno a una sección de chismes que se titulaba “Notes Casolanes”. Eso les gustaba a todos.

Más adelante se publicaron refranes, poemas, cuentos, discursos pronunciados en casa, chistes e incluso hubo una serie de crucigramas que hacía al principio

Martí Rouret –antiguo diputado y consejero– y, después de su muerte, en 1968, el propio director del *Butlletí*.

También, a partir de noviembre de 1965 (núm. 58), se reforzó con Sebastià Bru como administrador. Eso duró hasta enero de 1971, cuando Bru se marchó a la Ciudad de México y Enric Faraudo lo sustituyó hasta el último número.

También, desde el número 74 hasta el final, con muy pocas fallas, se incluyó una caricatura oportuna de Josep Narro, un excelente ilustrador retirado que se había quedado completamente sordo.

Con el tiempo, sin embargo, la publicación iría manifestando con más consistencia su nacionalismo. Se fue consolidando la idea de que, si bien estaba prohibido “hacer política partidista” por los estatutos del Centre Català, la exaltación del patriotismo estaba por encima de todo y, no hace falta decirlo, también el rechazo a la dictadura franquista. Este segundo aspecto mereció la reprobación de muy pocos catalanes, socios o no del Centre Català, pero las expresiones catalanistas radicales sí provocaron diversas críticas y señales de molestia, así como una creciente tendencia opositora.

Un primer síntoma gráfico de la tensión se notó ya a partir del número 17 (junio de 1962), cuando, por razones prácticas –se decía–, se cambió de imprenta para acogerse en los talleres de la Universidad de Guadalajara: el escudo del Centre fue sustituido por un escudo de Cataluña y creció el título *Butlletí*, pero todavía diría con letra más pequeña “Centre Català de Guadalajara

A. C.". De cualquier manera, la dirección de referencia seguiría siendo la de la propia institución. Pero cuando ésta se fue en picada y se quedó prácticamente sin sede, la publicación se domicilió –como ya se dijo– en la papelería Barcino. En el número 42, en julio de 1964, hubo otra mutación significativa. Aprovechando otro cambio de imprenta, porque la de la Universidad había cerrado, se convirtió en *Butlletí d'informació catalana*, y solamente en letra pequeña, en el directorio, diría "Edita el Centre Català de Guadalajara A.C."

Las tensiones no dejaron de existir. En el número 100, al lado de las felicitaciones y un primer artículo de fondo, de Abelard Tona i Nadalmal sobre Jan Maragall, se hacía un balance que lamentaba:

Tampoco nos ha faltado que nos pusieran trabas aquellos que sienten el aliciente de la destrucción... o no son felices si no pueden renunciar de alguna cosa.

Efectivamente, en 1967 hubo dificultades. Incluso se llegó a proponer que el *Butlletí* desapareciera, ya que la Junta del Centre tuvo que reconocer que no había nadie más que lo pudiera hacer... La revista reaccionó discretamente y, sin alboroto, en el número 85, de febrero de 1968, el Centre Català ya no apareció más en el directorio.

Cabe aclarar que no se rompieron relaciones del todo con esta institución, especialmente cuando hubo

una nueva junta directiva. Pero a partir de entonces el carácter independentista se manifestó con mucha más fuerza.

Se dejaron pasar prudentemente seis meses, hasta el mes de agosto, cuando se aclaró que las páginas del *Butlletí* continuaban abiertas a todas las tendencias catalanas y que se mantenían desligadas “de toda doctrina política, social o religiosa”. Ahora bien, también se contradecía un poco cuando justo después agregaba:

Eso no significa que seamos imparciales. Sí, somos nacionalistas catalanes y demócratas a ultranza.

En el también mencionado número 100, de mayo de 1969, se exponía la reflexión de que el objetivo principal del *Butlletí* era “publicar afuera lo que se tiene que silenciar adentro”. De esta manera, se llegó al caso insólito de que el *Butlletí* se deseaba a sí mismo “poco tiempo de vida”, hasta el día en “que en Cataluña haya plena libertad de expresión”.

A partir del número 100, el *Butlletí* publicó casi en cada número artículos de fondo de fuerte carácter nacionalista, escritos por diversos autores. Se tiene que mencionar a los más frecuentes: Antoni Gilabert, Josep Carner-Ribalta, Abelard Tona i Nadalmai, Manuel Viusà y, por supuesto, el propio Josep M. Murià. Pero también salen bastante unos nombres misteriosos que, en realidad, eran seudónimos de Viusà y de Murià: Pere Desvalls y Jaume i Pere Vergós.

Finalmente, cabe decir que, de acuerdo con las recomendaciones venidas “de allá”, es decir, del interior de Cataluña, a partir del número 108, de enero de 1970, el *Butlletí* se proclamó *d’informació dels països catalans*. Las razones precisas nunca las supe, pero tampoco resultan difíciles de imaginar.

Desafortunadamente, tuvieron que pasar ochenta meses hasta que, al final, en el número 180, de enero de 1976, se anunció que se arriaban las velas: se les dieron las gracias a los que habían ayudado de una manera o de otra, y el director concluyó con la declaración de que cambiaba “de herramienta, mas nunca de objetivo”.

Hoy, de este *Butlletí* se habla muy poco, y a menudo se pasa por alto cuando del tema es la prensa catalana en México, pero todavía en el año 2004, cuando se inauguró la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, que tuvo a la cultura catalana como invitada de honor, hubo quien se acordó de él. No fue ningún catalán, por cierto, sino el gobernador de Jalisco, cuando hizo enfáticamente memoria de que gracias al *Butlletí* de Guadalajara –el cual, en ciertos momentos, fue la única publicación periódica que aparecía regularmente en todo el mundo– la delegación de España en el PEN Club Internacional fracasó en su intento de expulsar al catalán de la organización.

También cabe señalar que, de todas las revistas catalanas del exilio, se ha hecho una reimpresión completa de muy pocas. El *Butlletí* es una de ellas, gracias a Pagès Editors de la ciudad de Lleida. Por algo será.

Esta historia menuda quizá no es más que una pequeña muestra de la capacidad de resistencia de la cultura de los catalanes, tanto de aquellos que se fueron al exilio como de los que se pudieron quedar o no tuvieron ninguna otra posibilidad. No es tan sencillo exterminar una lengua y la cultura que hay implicada... Puede que también sea una muestra de que los de afuera, con humildad, se tenían que poner al servicio de los de dentro y no al revés, como algunos intentaron, por fortuna, inútilmente. Pero también deja claro que la ayuda exterior tuvo por igual cierto valor.

Bibliografía básica

- Camacho, Arturo, *Pelegrín Clavé*, Zapopan, El Colegio de Jalisco-Generalitat de Catalunya, 1998, 90 pp.
- Teresa Férriz y Carlos Guzmán, *Presencia catalana en México*, Zapopan, El Colegio de Jalisco-Generalitat de Catalunya, 1998, 60 pp.
- Carbó, Margarita, y Dolores Pla, *Estudios catalanes de El Colegio de Jalisco*, pról. de Louis Cardaillac, Zapopan, El Colegio de Jalisco-Generalitat de Catalunya, 2002, 48 pp.
- Carbó, Proudhon, *Yanga Sácriba. Autobiografía de un libertario*, México, Plaza y Valdés, 1991, 373 pp.
- Fábregas Puig, Andrés, *Ángel Palerm Vich*, Zapopan, El Colegio de Jalisco-Generalitat de Catalunya, 1997, 79 pp.
- Fancés, José María, *Memorias de un cero a la izquierda. Cincuenta años de la vida de una Ciudad y de cuatro continentes a través de los recuerdos de un hombre perfectamente gris*, México, Olimpo, 1962, 923 pp.
- Férriz Roure, Teresa, *La edición catalana en México*, Zapopan, El Colegio de Jalisco-Generalitat de Catalunya, 1998, 189 pp.
- García i Raffi, Josep-Vicent, *Lluís Ferran de Pol i Mèxic: literatura i periodisme*, Barcelona, Ajuntament d'Arenys de Mar-Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1998 (Biblioteca Abat Oliva), 487 pp.
- Gillamon, Julia, *Literaturas del exilio*, México, Sociedad Estatal para la Acción Cultural Exteriro-Institut Ramon Llull-Centre

de Cultura Contemporània de Barcelona-Centro Cultural de España-Gobierno de España, Embajada de España en México-Agencia Española de Cooperación Internacional-España Cooperación Cultural Exterior, 2007, 64 pp.

——— *Literatures de l'exili*, Barcelona, Consorci del Centre de Cultura Contemporània de Barcelona-Sociedad Estatal para la Acción Cultural Exteriro-Institut Ramon Llull-Diputació de Barcelona, 2005, 160 pp.

Guzmán Moncada, Carlos, *Un exilio horizontal. Pere Calders y México*, Zapopan, El Colegio de Jalisco, 2006, 158 pp.

Harmony, Olga, *Josefina Oliva de Coll*, Zapopan, El Colegio de Jalisco-Generalitat de Catalunya, 2000, 74 pp.

Horneffer, Ricardo, *Eduardo Nicol*, Zapopan, El Colegio de Jalisco-Generalitat de Catalunya, 2000, 159 pp.

Joan Giménez Giménez, texto y selección de ilustraciones de Arturo Camacho, Zapopan, El Colegio de Jalisco-Generalitat de Catalunya, 1997, 85 pp.

José María Giménez Botey, texto y selección de ilustraciones de Arturo Camacho, Zapopan, El Colegio de Jalisco-Generalitat de Catalunya, 1997, 85 pp.

Lameiras, José, *Pedro Bosch-Gimpera*, Zapopan, El Colegio de Jalisco-Generalitat de Catalunya, 1999, 52 pp.

L'exili espanyol a Mèxic. L'aportació catalana, Barcelona, Ministeri de Cultura-Ajuntament de Barcelona, 1984, 87 pp.

Ligorred Perramon, Francesc, *Presencia catalana en la península de Yucatán. Breve (re) visión antropológica*, Zapopan, El Colegio de Jalisco-Generalitat de Catalunya, 1998, 85 pp.

Manent, Albert, *La literatura catalana a l'exili*, Barcelona, Curial, 1989, 312 pp.

——— Martí Soler Vinyes, Dolores Pla y José M. Murià, *Cultura y exilio catalán en México. Tres ensayos*, nota prel. de Andrés Fábregas Puig, Zapopan, El Colegio de Jalisco-Generalitat de Catalunya, 2001, 69 pp.

- Marqués Sureda, Salomó, *Los hermanos Bargés Barba. Maestros renovadores en Cataluña y México*, Zapopan, El Colegio de Jalisco-Generalitat de Catalunya, 2004, 165 pp.
- *Maestros catalanes del exilio*, prólogo de José María Murià, Zapopan, El Colegio de Jalisco-Generalitat de Catalunya, 2003, 182 pp.
- *Martí Rouret: maestro, republicano y catalán*, presentación de Josep M. Guinart y José María Murià, prólogo de Lurdes Boix, Girona, El Colegio de Jalisco-Ajuntament de L'Escola-Generalitat de Catalunya-Diputació de Girona, 2001, 122 pp.
- Martí Soler, Miquel, *L'Orfeó Català de Mèxic (1906-1986)*, Barcelona, Curial Edicions, 1989, 230 pp.
- Miquel i Vergés, Josep M., *Giratomb de vida*, Barcelona, Angle Editorial, 2007, 332 pp.
- Murià, José M. (coord.), *Diccionario de los catalanes de México*, Zapopan, El Colegio de Jalisco-Generalitat de Catalunya, 1996, 390 pp.
- Murià, José M. et al., *En recuerdo de Tísner*, Zapopan, El Colegio de Jalisco-Generalitat de Catalunya, 2001, 126 pp.
- Murià i Romaní, Josep M., *Vivències d'un separatista*, pról. de Josep-Lluís Carod-Rovira, Lleida, Pagès Editors, 2001, 164 pp.
- Murià Vila, Rafael, *Antoni Peyrí Macià*, Zapopan, El Colegio de Jalisco-Generalitat de Catalunya, 1998, 109 pp.
- Palabras al viento. Presencia catalana en la prensa cultural mexicana (1939-1975)*, estudio preliminar e índice hemerográfico de Marta Noguer Ferrer, Zapopan, El Colegio de Jalisco-Generalitat de Catalunya, 2004, 131 pp.
- Pàmies, Teresa, *Los que se fueron. Los que no volverán. Los que vuelven*, Barcelona, Ediciones Martínez Roca, 1976, 198 pp.
- Payà Valera, Emeterio, *Els nens espanyols de Morelia*, Lleida, Pagès editors, 2002, 254 pp.
- Pla Brugat, Dolores, *El aroma del recuerdo*, México: Plaza y Valdés-Conaculta-INAH, 2003, 209 pp.

- *Els exiliats catalans a Mèxic. Un estudi de la immigració republicana*, València, Editorial Afers, 2000, 404 pp.
- María Magdalena Ordóñez y Teresa Férriz Roure, *El exilio catalán en México. Notas para su estudio*, Zapopan, El Colegio de Jalisco-Generalitat de Catalunya, 1997, 100 pp.
- Ribera Carbó, Anna, y Eulàlia Ribera Carbó, *El soberanismo catalán. Dimensión histórica de una posibilidad abierta*, pres. de Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano, México, INAH Jalisco-Permanyer México, 2019, 50 pp.
- Puche i Manaut, Antoni, “Els metges catalans exiliats a Mèxic”, tesis de doctor en medicina, Barcelona, Universidad de Barcelona, 1994.
- Rull Rodrigo, Ángeles, *Marcelo Santaló Sors*, Zapopan, El Colegio de Jalisco-Generalitat de Catalunya, 1997, 82 pp.
- Sobrequés i Callicó, Jaume, *Els catalans en el orígens històrics de Califòrnia*, Barcelona, Columna Edicions, 1991, 421 pp.
- Solé, Felip, y Enric Pujol, *Exilis*, Catalunya, Angle Editorial, 276 pp.
- Soler Vidal, Josep, *California: la aventura catalana del Noreste*, trad. de Martí Soler e investigación y paleografía de Martí Olmedo, México, El Colegio de Jalisco-Fideicomiso Teixidor-Generalitat de Catalunya-Libros del Umbral, 2001 (El Tule, 1), 319 pp.
- *Pere Fages. Descubridor, cronista i governador de la Nova Califòrnia*, México, Edicions Catalanes de Mèxic, 1953, 206 pp.
- Surroca, Robert, *Prensa catalana en México*, Zapopan, El Colegio de Jalisco-Generalitat de Catalunya, 2000, 101 pp.
- Un periodista catalán en el exilio: Ferran de Pol en “El Nacional”*, introducción y selección de Josep-Vicent García i Raffi, Zapopan, El Colegio de Jalisco-Ajuntament d’Arenys de Mar, 2002, 166 pp.
- Vila, Marco Aureli, *Intervenció catalana a Amèrica*, Barcelona, El Llamp, 1987, 77 pp.
- Vilar Canales, Pelayo, *Memorias de un médico catalán en la sanidad militar republicana, 1936-1942*, México, Ateneo Español de México, 2018, 281 pp.

**Presencia de catalanes en México
Cinco siglos**

de José M. Murià

se terminó de imprimir en la Ciudad de México
en el mes de noviembre de 2021,
con un tiraje de 500 ejemplares,
más sobrantes para reposición,
en los talleres de Estampa Artes Gráficas,
Privada de Doctor Márquez 53, Colonia Doctores
Tels. 55 30 52 89 / 55 30 55 26
estampa.dirección@gmail.com

Con el fin de difundir el conocimiento histórico, la COLECCIÓN **MIRADAS A LA HISTORIA** convoca a reconocidos investigadores, quienes se acercan al pasado a partir de múltiples temas, personajes y testimonios.

La presencia de catalanes en el territorio que actualmente cubre México es más numerosa y antigua de lo que suele pensarse. El presente libro da noticia de muchos de ellos, quienes a lo largo de cinco siglos han incidido benéficamente, con mayor o menor intensidad, en diversos ámbitos de la vida económica, social y cultural.

ISBN 978-607-8740-24-6



9 786078 740246 >

